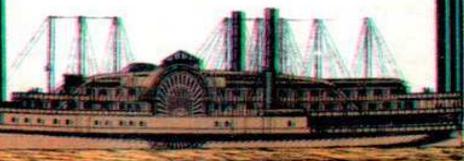


Rio de Janeiro, 1920. En los albores del Fútbol, Roberto Lima se inicia como Gronista deportivo cubriendo los partidos de Sao Jacinto, club que ha reclutado a Pepinho, un asombroso v o l a n t e creativo cuyo deslumbrante talento amenaza con cambiar la historia de las apuestas. Junto a su inseparable amigo Pedro Alves y al propio Pepinho, Roberto conducirá una temeraria investigación para desbaratar el engaño que Carlos Boa Morte, un peligroso gánster, dueño de Sao Jacinto, ha ideado para hacerse millonario a c o s t a de su máxima estrella.

JAIME CAUCAO GUALAMÁN nació en Osorno en 1982. Es profesor de Lengua y Comunicación por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y ha Ganado varios concursos de cuentos y poesía. En 2005 resultó finalista en el concurso de cuentos Paula con "El

**A PARTIR DE 12 AÑOS**



ISBN 978-956-264-796-0



9 789562 647960

PREMIO EL BARCO DE VAPOR - CHILE 2010

EL BARCO



DE VAPOR

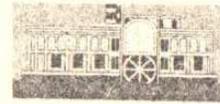
Jaime Caucao  
La fiebre



R009CH

sm

EL BARCO



DE VAPOR

# La fiebre

Jaime Caucao

PREMIO EL BARCO DE VAPOR - CHILE 2010

ediciones  sm

“Todo lo que sé de la vida, lo aprendí del fútbol  
(...) supe, por ejemplo, que la pelota  
no siempre viene por donde uno la espera”.

ALBERT CAMUS

“Para jugar bien al fútbol  
no hay que sufrir. Nada hecho con  
sufrimiento puede resultar bien”.

CARLES REXACH,  
ex entrenador del Barcelona F. C.

*Para Jorge "Gabi" Solís,  
con quien un día, siendo niños,  
enfermamos de la fiebre.*

## 1 *La cidade maravilhosa*

**E**n 1920, mucho antes de Pelé, de Lobo Zagallo, de Garrincha, y muchísimo antes de Ronaldinho y Kaká, brilló (aunque fugazmente) Ricardo Alexander de Wilson Moreira, quien fuera conocido en Río de Janeiro con el apodo de Pepinho. Este jugador, dejando de lado toda exageración o superlativismo engañoso, pudo haberse convertido en el mejor volante creativo de la historia, incluso mejor que Pelé y Maradona juntos, lo que ya es, por donde se le mire, demasiado decir.

Cuando me preguntan por qué Pepinho no es una figura registrada en los medios oficiales, siempre digo que una de las razones fue el amateurismo de la época, donde el fútbol era una entretención de fines de semana y el profesionalismo, algo que habría de surgir años más tarde con la federación de los clubes y la creación de un organismo que le dio orden al caos de esos años. La otra razón, en realidad la

más importante, involucra una sucia trama de apuestas y negociaciones ilegales, de bandas armadas y de corrupción, y es la que me propongo contarles.

Partiré diciendo mi nombre: soy Roberto Lima Costa y fui redactor de la *Gazzeta Sportiva*, una revista de fútbol que solía circular en Río hace mucho tiempo atrás. Desde que nací he vivido en el barrio de Tijuca, y aunque hoy la gente me ve como un viejo feliz y de una memoria envidiablemente lúcida, no siempre fui así: por alguna extraña razón, cuando era niño, tenía la tendencia a pensar que mi vida era monótona y carente de emoción. Es esa sensación extraña que a veces sentimos, como si algo faltara en el mundo para que la fiesta sea completa. La samba no lograba llenarme, los juegos en la playa me resultaban aburridos, la escuela me parecía soporífera. Sospechaba que algo faltaba en mi vida y en la de todos los brasileños, y no sabíamos bien qué era. Inventábamos carnavales, buscábamos excusas para organizar fiestas de disfraces y para disparar fuegos artificiales, pero los cariocas sentíamos que algo más grande que todo eso estaba por venir.

En los locos años veinte, Río de Janeiro ya

era la gran *cidade maravilhosa*. Sus enormes cerros comenzaban a poblarse de favelas, donde vivían incipientes colonias de campesinos empobrecidos que emigraban hasta Río buscando una oportunidad. El casco antiguo de la ciudad era más grande que el de ahora, con elegantes casas coloniales y calles de adoquines por donde pasaban trenes urbanos que funcionaban con energía eléctrica y que circulaban conectados por medio de cables de acero a un tendido eléctrico que se extendía por todos los barrios. Además, empezaba a llenarse de automóviles, pero aún era frecuente ver los coches, las calesitas tiradas por caballos llevando gente a todos lados. Había un precario sistema de transporte público compuesto por tranvías y taxis, que eran máquinas nuevas e importadas por las que había que pagar mucho dinero para utilizarlas. Un lujo de pocos para la época. Todo eso pertenecía a Carlos Boa Morte, un aspirante a magnate que tenía el monopolio en el negocio de la locomoción en Río de Janeiro y que gozaba de una reputación de gánster que a él le encantaba cultivar moviéndose por las calles en grandes automóviles americanos, rodeado de algunos de sus hombres que, según decía la gente, siempre iban armados.

A principios del siglo pasado, grandes masas de extranjeros llegaban cada día al puerto en descomunales alborotos que colapsaban los muelles bajo el sol calcinante y la sofocante humedad. Esos inmigrantes traían consigo algunas novedades que rápidamente se difundían entre la gente como las actividades de moda. Los italianos trajeron sabrosas comidas y música; los alemanes, cerveza y mujeres de cabellos rubios como el oro, y los ingleses, siempre ocurrentes y divertidos, fueron los primeros que llegaron a la ciudad con lo que yo he llamado "la fiebre". Un día alguien vio a los marinos británicos practicar en un muelle algo que no era más que un ridículo juego que consistía en introducir una bola en un rectángulo hecho con tres maderos y que defendía un hombre fijo que ellos llamaban *goalkeeper*. No había tácticas, ni estrategias, ni *torcidas*. Solo ese elemental principio que fue como un chispazo que comenzó a incendiarlo todo. Si alguna vez el mundo se inició de alguna manera, estoy seguro de que fue parecido al nacimiento del fútbol. Bastó que alguien viera a los ingleses practicar ese extraño deporte para que se esparciera el rumor de boca en boca y un mes después fuera la nueva

moda en Río. Ya lo dije: como una fiebre.

En la escuela, la enfermedad se dejó caer sin previo aviso el día en que Pedro Alves, mi mejor amigo, apareció en el patio con una bola de cuero oscuro, perfectamente redonda y que daba grandes botes en el suelo cuando la arrojaba al aire. Todos formamos un círculo en torno a él y lo quedamos mirando mientras Pedro la dominaba sobre el empeine de su pie y luego, como si su pierna hubiese sido impulsada por un gran resorte imaginario, la lanzó al cielo con una fortísima patada. Todos salieron corriendo tras ella, y nosotros nos quedamos viendo el espectáculo sin atinar a entrar en él.

—¿De dónde sacaste esa bola? —le pregunté a Pedro.

—Me la regaló mi tío Juca —respondió—; se la cambió a unos marinos ingleses por algunas botellas de cerveza.

—Seguro que tu tío Juca estafó a los ingleses —le dije.

—Los ingleses se dejaron estafar —replicó él—. Cuando llegaron, ellos tenían la bola y nosotros la cerveza. Después de que se emborracharon, ellos se quedaron con la cerveza y nosotros con la bola. Es un trato justo.

—Debe valer una fortuna —le dije viéndola volar por el aire.

—Desde ahora seguro que lo vale —dijo él lanzándose a correr tras ella—. ¡Vamos!, el último que la toca es un perdedor —me gritó, sabiendo que con eso me hería el amor propio.

Organizamos dos equipos de unos quince jugadores por lado. Improvisamos dos arcos con nuestra ropa y, desde entonces, empleamos el resto de nuestros días en jugar a la bola. No había placer más grande que correr tras ella, y aspirar a controlarla con propiedad se convirtió en todo un desafío. Rara vez se podía tomar el balón en medio de tantas piernas. Más bien la veíamos pasar de un lado a otro y hacia allá corríamos todos, como imantados por un poderoso talismán. Ese día, por fin, supe que lo que tanto esperaba había aparecido en mi vida. Y no fui el único. Mis compañeros de curso y cada brasileño sintió lo mismo. A partir de entonces, lo que más disfrutábamos era practicar este nuevo deporte. No recuerdo una tarde de mi infancia en que no haya estado con mis amigos bajo el sol implacable de Río, jugando con la cara empolvada y sudorosa. Poco a poco, casi sin darme cuenta, me convertí en uno de esos niños que no almorzaban, que no dormían, de

los que se iban a la cama y podían dormir abrazados a la bola, admirando su asombrosa y sencilla redondez.

Ahora es cuando debo confesarles algo: a los doce años comencé a preguntarme seriamente si había nacido o no para jugar a la bola. Quiero decir, pensé si tal vez debía dedicar el resto de mi vida a eso. En Río de Janeiro ya habían nacido clubes que se organizaban y jugaban semanalmente en distintos barrios, disputando un trofeo que se entregaba al final de la liga. Los periodistas de la *Gazzeta Sportiva* le llamaron el Torneo Carioca. A los jugadores todavía no les pagaban un sueldo, pero ya ocurría algo muy interesante: se hacían apuestas por el resultado de los partidos. Cuando un equipo ganaba, la persona encargada del club tomaba el dinero recaudado y lo repartía entre los jugadores, guardándose un porcentaje mayor que ellos por ser el administrador. Eso me dio la idea de que muy pronto, si tenían el talento necesario y ganaban seguido, los jugadores podrían vivir de eso.

A los trece años recién cumplidos les dije a mis padres:

—No iré más al colegio, voy jugar a la bola.

Ellos se pusieron a reír. Se dieron media vuelta y siguieron concentrados en lo que estaban haciendo.

—Hablo en serio —dije más fuerte, por si no me habían escuchado—, quiero dejar de estudiar y dedicarme a jugar a la bola.

—Eso no alimenta a nadie, Roberto. Tú debes estudiar e ir a la universidad —afirmó Antonia, mi madre, mientras regaba sus plantas en el patio.

En ese momento, por primera vez me hice una pregunta fundamental en la vida: ¿cómo vivir de algo que no te da dinero?, ¿se puede vivir haciendo algo que no da para comer? Luego me pregunté: ¿todos los adultos tienen trabajos que les gustan?

Mi padre, que se llamaba Jorginho y era un hombre bastante razonable, se levantó de su hamaca y dejó en el suelo la cerveza que tenía en la mano. Entonces me dijo:

—Así que tú quieres jugar a la bola, Roberto, quieres vivir de eso, ¿eh? —me habló acariciándome el pelo—. Me parece bien, pero déjame preguntarte algo: ¿eres lo suficientemente bueno? ¿Tienes el talento que se necesita?

—Lo tengo —respondí.

—Te diré algo —agregó él—: si tienes el talento, yo te apoyaré para que juegues a la bola, pero si no lo tienes —y en ese momento me miró más fijamente que antes, como si fuese un momento muy solemne—, tendrás que aprender a aceptar que no eres lo suficientemente bueno, dejarás de pensar en eso y te concentrarás en tus estudios, ¿está bien?

—Está bien —dije yo.

Acordamos que el siguiente fin de semana ellos me acompañarían a O Colosso, la cancha donde jugaba Sao Jacinto, el club que se había formado en Tijuca y que estaba reclutando jugadores para todas sus series. La liga comenzaría en un mes y ya se iniciaba la etapa de selección para enfrentar la competencia oficial. Yo estaba dispuesto a pasar la prueba de fuego. Si no lo hacía bien, me olvidaría de todo y volvería a concentrarme en mis estudios, cosa que, por supuesto, no estaba en mis planes.

## 2 *Pepinho: toco y me voy*

**D**urante toda la semana no pude dormir bien. Sentí que los días transcurrieron lentamente, como el espejismo de una babosa cruzando la calle soleada o una alfombra de sal. Por las noches tenía pesadillas en las que me veía recibiendo la pelota solo frente al arco, y cuando estaba por anotar el gol, el arquero se transformaba en un enorme monstruo de muchos tentáculos que tapaba todo el rectángulo. Yo tiraba a quemarropa pero él llegaba a todos mis remates: no podía anotar un solo gol. Soñaba que la perdía, que no podía controlarla, que los defensas me anticipaban, que me lesionaba. Me asustaba mucho el fracaso. No quería fallar.

En la escuela, le conté a Pedro que iría a probarme en el equipo de Sao Jacinto.

—¿Sao Jacinto? —me dijo extrañado mientras se mojaba su ensortijada cabellera

negra con una manguera—, ese club es de Carlos Boa Morte, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea, ¿y qué con eso? —le pregunté.

—Ese tipo es un gánster —me dijo—, no trata bien a sus jugadores, explota a sus empleados. Si yo fuera tú, iría a probarme a Botafogo.

—También lo pensé —respondí—, pero Botafogo es Botafogo, son palabras mayores. Sao Jacinto es algo más sencillo para tratar de empezar.

—Yo iré al General Severiano —me confesó—, este viernes en la tarde hay una prueba.

El Severiano era la cancha de Botafogo, un estadio enorme que temblaba por el empuje de sus hinchas. Lo quedé mirando con cara de sorpresa. No creí que fuera capaz.

—Es una apuesta arriesgada —le dije maliciosamente.

—Al carajo —gruñó Pedro—, la gloria o nada.

Me pareció bien su actitud, pero también me pareció que era un poco extremista.

—¿Y si te toca "NADA"? —le pregunté.

Lo vi ponerse pensativo. Se pasó la mano por la barbilla y miró el suelo.

—Tienes razón —me contestó—, no había pensado en eso.

—¿Lo ves?, siempre hay que observar un problema desde todos los ángulos e intentar disminuir el factor riesgo para así reducir la variable "fracaso". ¿Tú qué dices? —le pregunté.

—Que no te entiendo un carajo —replicó Pedro enfadado.

—Mucho mejor así —le dije yo—, ahora nos vamos a clases.

Conté las horas y los días hasta que por fin el sábado, a las nueve de la mañana, estaba en pie con la bola bajo el brazo, dispuesto a enfrentarme a la verdad de saber quién era yo realmente. La noche anterior no había pegado una pestaña. Me la había pasado en vela, absurdamente repasando el repertorio de mis jugadas, sin entender todavía que el fútbol es como un espectáculo teatral donde todo se hace de manera más o menos improvisada, y el verdadero arte del gran jugador reside precisamente en saber innovar con maestría sobre el guión que el técnico le entrega.

Cuando llegamos pude ver que no era el único niño que tenía el sueño de jugar a la

bola. Una veintena de muchachos hacían cola para registrar sus nombres en la planilla que un tipo estaba llenando a un costado de la cancha. Tras él estaba Boa Morte, quien en ese momento me pareció un tipo enfermo. Se veía flaco, esmirriado, con un pequeño bigotito recortado bajo su nariz y esbozando una sonrisita de hiena esquelética. "Este tipo no mataría una mosca", pensé.

Valentino Da Silva, el entrenador del equipo de Sao Jacinto, nos saludó a todos dándonos la mano y dio algunas instrucciones. Debíamos elegir en qué puesto jugaríamos. Él nos vería un rato y luego iría sugiriendo cambios de posición. Antes de que yo me registrara en la ficha y eligiera puesto, Pedro Alves, mi buen amigo, también apareció por ahí.

—Vaya sorpresa —le dije—, ¿que no ibas a probarte en Botafogo?

—Ya fui —contestó él mientras movía la cabeza.

—¿Y?

—Me dijeron que me olvidara del fútbol y me dedicara a la escuela.

—¿Y tú qué les dijiste?

—Que el fútbol ofrece revanchas.

Me pareció una respuesta fantástica.

—¿Y ahora en qué puesto vas a jugar? —le pregunté.

—De arquero —respondió él.

—¿De arquero? Debes estar bromeando, un arquero no juega, un arquero mira —le comenté.

—Por lo mismo lo elegí —dijo él—, si nadie quiere jugar en el arco, el gran Pedro Alves lo hará —agregó poniéndose un par de guantes y dando saltos bajo el arco, tratando de atrapar una bola imaginaria.

La verdad es que yo no lo había pensado de ese modo. Para mí, el juego de la bola era hacer más goles en el arco del rival que este en el nuestro, y eso convertía a los delanteros en los que más posibilidades tenían de ser las estrellas del equipo. Y yo, por supuesto, quería ser la estrella.

—Yo voy a ir de delantero —le dije, y corrí hacia el centro de la cancha.

Comenzó el partido. Los primeros minutos fueron un desorden completo. Todos corríamos tras la pelota y nadie podía tenerla más de diez segundos. La bola no avanzaba hacia los arcos y yo corría tras ella sin poder tocarla. Los padres gritaban al borde de la can-

cha dando instrucciones que nadie entendía. Me di cuenta de que Pedro había elegido mejor que yo y comenzaba a pensar seriamente en pedir un cambio de puesto, cuando en una jugada sencilla, un jugador de mi equipo se torció un tobillo y se puso a llorar. Sus padres entraron a la cancha y se lo llevaron. Su mamá le dio un coscorrón diciéndole algo así como "eres un pavo" o "te pasó por pavo". Pedro y yo nos miramos entre divertidos y asustados, era el primer luchador que caía en el combate y que regresaría a casa sin cumplir su sueño. Da Silva lamentó la jugada y comenzó a mirar a todos lados por si había otro niño disponible. Entonces miramos hacia la tribuna y, sentado solo en un tablón, vimos a ese muchacho flaco, negro como el carbón, de enorme y ensortijada cabellera negra, con sus zapatillas viejas y su uniforme roído. Cuando notó que lo miramos, sonrió con los dientes más blancos que había visto en mi vida.

—¡Hey, niño! —le gritó Valentino—, ¿quieres jugar?

Él volvió a sonreír y sus dientes blancos como la nieve resplandecieron en su cara. Se puso de pie y entró a la cancha igual de feliz que si lo hubiesen invitado a un cumpleaños.

Miré a Pedro y le hice una gesto con la cabeza, como queriendo decirle "este no juega ni a las muñecas". Él asintió dándome la razón y acto seguido pateó la bola desde el arco. Esta se elevó algunos metros y se fue hacia un costado. Pareció que saldría de la cancha junto a la tribuna, pero antes de que lo hiciera, el niño desconocido regresó sobre sus pasos y dando un salto la controló con el pecho. "No está mal —pensé—, algo de técnica tiene". Entonces todos vimos lo que hoy ya es un mito: Pepinho, el niño cuyo nombre aún nadie conocía, tomó ese pase intrascendente en medio campo y se fue en demanda del arco rival eludiendo a los defensores con una facilidad que a todos nos dejó con la boca abierta. No mienta si digo que, en la primera pelota que tocó, eludió a cinco o seis rivales y anotó un golazo. Cuánto nos engañan las apariencias, pensé después de eso.

Pepinho era un jugador con un dominio impresionante, como si la pelota fuera una parte de su pierna, una extensión de esta. La controlaba con la soltura de un bailarín y sus recursos eran ilimitados: la pisaba en todas direcciones, driblaba, enganchaba, eludía, remataba con ambas piernas. La inteligencia

en el juego para desplazarse y crear fútbol le brotaba por los poros. Y por si esto resultara poco, aún había algo más que su talento en esa cancha: su pasión. Pepinho era un jugador que no solo era bueno con la bola, sino que también jugaba con una fuerza explosiva. Había en él una especie de carisma, de fuego resplandeciente y abrasador, una dinamita furiosa que no se detenía con nada. Cuando corría era como un toro que de pronto, a medida que avanzaba, crecía, crecía y se hacía un bólido, un torbellino que abría una zanja por donde pasaba: los defensas rivales que iban a marcarlo rebotaban en él como si fueran de goma. Quedaban botados, quebrados, humillados en el suelo. El partido que minutos antes era un nudo, él lo desenredó con jugadas personales y habilitaciones magistrales. Yo anoté tres goles gracias a pases que me dio. Los goles los pudo haber anotado él, pero al verme solo junto al arco, tieso como un palo y boquiabierto de ver su habilidad, Pepinho me tocaba suavemente la pelota por sobre la salida del arquero y yo no tenía nada más que hacer que empujarla adentro. Él me miraba sonriendo, como el niño más feliz del mundo, y me daba la mano como si fuésemos amigos de

toda la vida. Yo le extendía la mía y lo saludaba mirando el suelo, avergonzado por haber hecho la parte más fácil de la tarea. Cuando el partido se abrió gracias al juego de Pepinho, el rival también nos anotó algunos goles y el juego definitivamente se volvió más atractivo, pero daba la impresión de que Pepinho dejaba que los jugadores rivales le quitaran algunas pelotas y convirtieran algunos goles para no monopolizar el trámite del partido y, sobre todo, para que ellos también pudieran brillar un poco. En suma, era alguien generoso con su juego, no buscaba el exclusivo lucimiento propio, sino que hacía jugar a los dos equipos y, aunque él tratara de disimular que no era así, todos nos dábamos cuenta de eso.

Cuando el partido terminó, Valentino Da Silva no podía cerrar la boca de la impresión.

—Tú, niño, ¿cómo te llamas? —le preguntó el entrenador.

—Pepinho —respondió él.

—¿Y cuántos años tienes? —volvió a preguntar.

—Catorce —contestó él—. En seis meses cumpliré los quince —agregó.

—Estás contratado —le dijo Da Silva—. Te quiero mañana mismo entrenando con nosotros.

Voy a probarte con los adultos. La liga comienza en un mes y te quiero ver jugar con ellos.

Pepinho sonrió con su boca de plata y se fue trotando por un costado de la cancha. Antes de desaparecer cerro abajo, Boa Morte y dos de sus hombres se acercaron a él. Los vimos hablar un momento, Boa Morte le palmoteaba la espalda como si lo felicitara. Luego sacó algo de su bolsillo y se lo dio.

Los demás jugadores nos quedamos mirando entre nosotros, avergonzados y secretamente corroídos por la envidia que su talento nos provocaba. Todo lo que para nosotros era difícil, para él era la cuestión más sencilla del mundo. ¿Quién era él?, ¿de dónde había salido?, ¿quiénes eran sus padres?, ¿a qué colegio iba?, ¿quiénes eran sus amigos? Pepinho parecía salido de la nada. Un hombre que vagaba solo por el mundo, acompañado y escudado únicamente por su talento. Como un artista verdadero, era en esencia alguien así: solitario, sin familia, sin amigos, sin historia. Un genio de esos que pasan por el mundo como meteoritos de fuego e incendian el camino por donde dejan sus huellas, y la gente ve su luz y se quema de la admiración o de la envidia.

Cuando terminó el partido, mis padres se acercaron y me felicitaron. Jorginho me acarició el pelo y Antonia me estampó un enorme beso en la mejilla, pero yo la alejé molesto. Secretamente, los tres sabíamos que mi examen había sido un desastre y que acabábamos de ver a un niño que sí tenía talento. Era absurdo decir que lo suyo había sido una cuestión de suerte, o que le había tocado un buen día. Pepinho era genial con la bola. Punto. Cuando llegamos a la casa, me encerré en mi cuarto y me tendí en la cama pensando en él. Mis sentimientos eran confusos. Una parte de mí ya lo admiraba con devoción, pero la otra se deshacía en una envidia que nunca antes había sentido. En mí convivían dos fuerzas, como si un ángel y un demonio lucharan por quedarse con mi alma. Y lo peor de todo, me decía, era que él había sido generoso conmigo, me había ayudado a hacer una buena prueba, pero no podía sentirme completamente agradecido. Si yo jugara como él, me decía, pero nunca podría. No pude dormir en toda la noche pensando en que, tarde o temprano, era un hecho que tendría que aceptar.

### 3 *Crónicas deportivas*

**A**l día siguiente, en la escuela, ya todos hablaban de Pepinho. Los chicos comentaban cada una de sus jugadas y trataban de repetir las en cámara lenta con la bola de Pedro. Naturalmente, ninguno podía. Se reían a carcajadas al ver cómo se enredaban con la pelota tratando de hacer lo imposible. Algunas chicas preguntaban por él. Berta Pereira, que estaba sentada en el patio con su hermana, mi compañera de curso Rosa Gracia, se me acercó y me dijo:

—Supe que tú jugaste con el niño que se llama Pepinho, ¿cómo es?

Una oleada de vergüenza me subió por el pecho hacia la cara.

—Sí —le respondí—, jugué con él y anoté tres goles.

—Tres goles que él te regaló, según supe —agregó ella sonriendo maliciosamente—. Y bien, ¿cómo es? —repitió.

—Y yo qué sé, no me voy a andar fijando en chicos —le dije irritado.

Al parecer, iba a tener que aprender a convivir con la imagen de un niño recién aparecido y que concentraba poderosamente la atención de toda la gente. No estaba seguro si era algo que me agradara. Estaba pensando en eso cuando tocaron el timbre para entrar a clases. Pedro se me acercó y me dijo:

—¿Ya viste cómo jugaba ese Pepinho?, ¡qué locura, mi hermano, yo quiero ser amigo de ese muchacho!

En la puerta del salón, coincidimos con Rosa Gracia. Ella trató de pasar primero, pero me adelanté sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. Cuando quise retroceder, ella levantó las manos y me dijo "adelante". Me fui a mi puesto. Estaba resultando un mal día. Rosa Gracia Pereira era una mulata pequeña y delgada, de trenzas negras y dientes muy blancos, que cuando sonreía, parecía capaz de detener el tiempo. Sus labios suavemente carnosos componían una boca que parecía un beso, es decir, era como si estuviera arrojando un beso al aire. Ella me gustaba en secreto, nunca le había contado ni siquiera a Pedro Al-

ves, pero creo que Rosa se daba cuenta por la forma en que la miraba. Siempre me sentaba tras ella y la observaba tomar sus apuntes. Era la más inteligente de la clase. Tenía las mejores notas del curso y también tenía un extraño aire distante, como si estuviera pero no estuviera ahí. Berta, su hermana, estaba un curso más arriba que nosotros y resultaba ser todo lo opuesto a Rosa: superficial, vanidosa, siempre estaba metida en líos y su única cualidad era su belleza que, por supuesto, sabía explotar muy bien entre los chicos de la escuela. Solía pasearse por los pasillos como si fuera una pava real mostrando sus plumas. Se rodeaba de chicas iguales a ella y juntas se creían el centro del mundo. Todos los chicos estaban prendados de Berta, pero a mí me gustaba su hermana, Rosa Gracia.

Durante aquella hora de clases nos tocaba el taller de periodismo escolar, un curso que impartía Marcio Joel, el asesor del diario de la escuela y quien para mí era el mejor profesor que teníamos. Él nos hacía escribir y ese todavía era uno de mis pasatiempos favoritos. Antes de que empezara su clase, como siempre, me senté detrás de Rosa y me dediqué a escribirle un poema en mi cuaderno. De pronto, el

profesor se puso de pie y luego de saludarnos nos dijo:

—En la clase de hoy veremos la crónica periodística. ¿Alguien sabe qué es una crónica? ¿Podría comentar algo que haya leído?

Silencio sepulcral. Pedro y yo nos miramos y levantamos los hombros. Al parecer, nadie sabía lo que era una crónica.

—Una crónica es el relato periodístico de un hecho real, no posee el elemento ficcional de los relatos literarios —contestó Rosa, de pronto, rompiendo el silencio.

Ay, Rosa, cómo me gustaba esa niña. No solo era bella, también era inteligente. Siempre tenía todas las respuestas.

—Muy bien, Rosa Gracia —dijo el profesor—, aunque la crónica está en la frontera de la literatura. Un buen cronista puede ser un muy buen escritor, ojo con eso —agregó.

—Hay relatos de viajes, como los de Marco Polo —dijo Rosa—, cuyo libro de crónicas es un documento literario de un valor inestimable.

Marcio movió la cabeza en señal de aprobación. “Si todos los alumnos fuéramos como Rosa —pensé—, qué grande sería el Brasil”.

—Quiero que en esta clase me escriban

una crónica sobre algo que les haya pasado el fin de semana —pidió Marcio.

—¿Y los que no sabemos lo que es una crónica? —preguntó Pedro al tiempo que yo lo golpeaba con los dedos en la cabeza.

—Buena pregunta, Pedro —dijo el profesor—. He traído algunas crónicas para que las leamos y las comentemos. Deberán anotar en su cuaderno las palabras que desconozcan, hacer un vocabulario y responder las siguientes preguntas: ¿de qué se trata?, ¿a qué tipo de lector está dirigido?, ¿qué lo diferencia de otro tipo de texto visto en clases? Para las niñas traje crónicas de Mariana Flores, una periodista que cubre los eventos culturales de Río, y para los hombres interesados en el juego de la bola, crónicas de Joao Gilberto Parreira, periodista de la *Gazzeta Sportiva*.

Acto seguido, el profesor se puso a repartir los textos y todos nos quedamos en silencio, leyendo. Mientras lo hacíamos, podía ver que Rosa Gracia tomaba apuntes de lo que leía, subrayaba, fruncía el ceño como si mentalmente se estuviera haciendo algunas preguntas. Me costaba concentrarme en otra cosa que no fuera ella, pero cuando comencé a leer mi crónica, tuve una nueva iluminación. Era sobre el primer partido oficial

de fútbol que se había jugado en Río de Janeiro, entre marinos ingleses y estibadores brasileños, que ganaron los primeros por 5 goles a 4 en un partido que Gilberto calificaba como "no apto para cardiacos". Había mucha fuerza en su lenguaje, mucha pasión. Era como el juego de Pepinho en la cancha, pero Joao Gilberto lo llevaba a las letras. Sus descripciones eran precisas y te transportaban de inmediato al lugar de los hechos. Me pareció que Joao era, sin duda, alguien que sabía mucho de la vida y también me di cuenta de que yo quería escribir artículos sobre deportes como él. Algo me dijo que ese periodista era distinto a los otros, entre otras cosas, porque defendió con mucha visión al fútbol diciendo que sería el deporte del futuro y que incluso los brasileños podríamos llegar a tener buenas perspectivas en él. Concluía su artículo invitando a todo el mundo a ver los partidos e invertir en las cajas de apuestas.

Cuando terminé de leer la crónica, comencé a pensar, ¿qué tal si, en vez de jugar, me dedico a escribir la crónica de los partidos? No tendría que competir con Pepinho, una lucha que de antemano tenía perdida. Le propuse la idea a mi profesor y él me dijo:

—Si las crónicas son buenas —y recalco

la palabra "buenas"—, yo te las publico en el diario del colegio.

Tomé mi lápiz y mi cuaderno y me fui al fondo del salón. Traté de pensar en algo que me hubiera pasado el fin de semana, pero salvo el partido de prueba que había jugado, no me había ocurrido nada interesante. Pensé en inventar algo, pero no me funcionó. Entonces me senté en el piso (el profesor nos dejaba sentarnos en el piso, si eso nos servía para escribir) y cerré los ojos. Como en un espejismo, volví a ver la cara sudada de Pepinho, desplazándose en cámara lenta, eludiendo a los rivales entre nubes de luz y polvo. Entonces escribí:

*Un ángel de piel negra y sonrisa blanca ha llegado a la cancha de Sao Jacinto, dispuesto a incendiarlo todo...*

Cuando terminé de escribirla, se la llevé a mi profesor y él la leyó de inmediato. Mientras lo hacía, veía su cara de asombro y las pequeñas sonrisas que esbozaba, moviendo la cabeza de arriba abajo en gesto de aprobación. Cuando terminó de leer, me dijo:

—Roberto, ¿te interesaría ser el cronista deportivo oficial del diario del colegio?

Por supuesto, acepté de inmediato. Ca-

miné por el salón pavoneándome ante mis compañeros y tratando de llamar la atención de Rosa. ¿Qué diría ella de mi triunfo?, ¿podría llegar a gustarle si le parecía un niño inteligente? Cuando pasé junto a ella, camino a mi pupitre, Rosa dio vuelta la cara y miró por la ventana hacia el patio. "Está tratando de luchar para no mirarme —pensé—, pero en el fondo se muere de ganas de leer mi crónica y de hablarme".

Regresé a mi casa sintiendo que había descubierto algo que me gustaba hacer. Les conté la noticia a mis padres y se pusieron muy felices.

—No jugaré a la bola como Pepinho —les dije—, pero puedo escribir como Joao Gilberto.

El resto de la tarde me la pasé en mi cuarto, escribiendo crónicas de partidos imaginarios. Pensaba que Pepinho sería la fuente de mi inspiración. Si yo lograba describir la forma exacta en que él jugaba, sería incluso mejor que Joao, quien todavía no lo había visto jugar, cosa que me daba una ventaja. Luego me puse a pensar en Pepinho. De alguna manera, me sentía reconciliado con él. Había descubierto mi propio camino.

Al día siguiente, salí temprano de clases y en vez de ir a mi casa, fui junto a Pedro Alves a la cancha de Sao Jacinto. Iban a publicar la nómina de los jugadores seleccionados. Además, tenía ganas de ver a Pepinho y regalarle mi crónica. En la puerta del camarín vimos la lista de jugadores que habían pasado la prueba y la categoría en que habían quedado. Ni Pedro ni yo estábamos entre los titulares. Ambos aparecíamos en una lista más pequeña de posibles reemplazantes en caso de que uno de los seleccionados oficiales se lesionara.

—No puede ser —dijo Pedro agarrándose la cabeza con ambas manos—. ¡Paré dos tiros a puerta que iban a ser goles!

—Pero te hicieron cuatro —le comenté.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo anduvo nuestra delantera? Que yo recuerde, tocaste la pelota tres veces durante el partido.

—Y la mandé al fondo del arco las tres veces, cien por ciento de efectividad, un delantero letal.

—Al carajo —dijo Pedro—, seguiré entrenando hasta ser el arquero más grande del mundo.

No vimos a Pepinho entre los muchachos que revisaban la nómina. Preguntamos

por él, pero nadie lo había visto. Por supuesto, su nombre estaba escrito con letras grandes en la pared del camarín y al lado decía: "CONTRATADO. ES UN CRACK". Fuimos a verlo a los camarines y no lo encontramos. Cuando estábamos por irnos, salimos a la cancha y entonces lo vimos. Estaba sentado en la gradería, junto a Carlos Boa Morte, el dueño del club. No quisimos acercarnos y nos quedamos observando desde lejos. Pude ver que Boa Morte movía las manos haciendo grandes aspavientos, sonreía y le palmeaba la espalda de tanto en tanto, como si lo estuviera felicitando por algo.

—Ese Boa Morte es un gánster —dijo Pedro—. Mi padre trabajó en uno de sus taxis durante un tiempo y decía que nunca pagaba lo que correspondía, y que cuando alguien se atrevía a cobrarle, mandaba a sus matones a darle una paliza.

—También lo he oído —afirmé—. Dicen que ha despachado a mucha gente que se ha metido en sus negocios, pero la policía y los jueces no lo investigan pues los tiene comprados.

—¿Tú crees que se dedique al negocio de la droga? —preguntó Pedro pasándose la mano por la cara—. Mi padre dice que ese es el

negocio del futuro para los gánsteres de Río.

—Puede ser, es una lástima que Pepinho tenga que hacer negocios con él.

Mientras hablaba, Boa Morte sacó algo de su bolsillo y se lo mostró a Pepinho. Desde mi ángulo no pude ver de qué se trataba, pero luego se movieron un poco hacia el costado y vi que era un papel. Boa Morte siguió hablando y gesticulando. Me pareció que, por la forma en que se movía, le estaba leyendo el papel, o al menos se lo estaba explicando. Luego sacó un lápiz que le extendió a Pepinho. Vi como este lo miraba y luego lo rechazaba moviendo las manos. Me pareció muy extraño lo que estaban haciendo. Boa Morte se acarició el bigote y miró el suelo, como si estuviera pensando en algo. De pronto, comenzó a desatornillar su pluma y sacó el depósito de tinta del interior, lo abrió y se lo vertió a Pepinho en el dedo pulgar de la mano derecha. Luego le tomó el dedo y lo puso sobre el papel, girándolo suavemente de un lado a otro. Cuando terminó su faena, miró la hoja y pareció darse por satisfecho. Se despidieron dándose la mano y Boa Morte salió por la cancha hacia la calle. Nosotros aprovechamos de acercarnos a Pepinho.

—¡Hey, *crack!* —lo llamé—, ¿te acuerdas de nosotros?, jugamos contigo el sábado.

Pepinho nos miró como si hiciera el esfuerzo por reconocernos. Obviamente, no se acordaba de nosotros.

—Sí, claro —dijo confundido.

—Yo soy Roberto Lima y él es Pedro Alves —le presenté a mi amigo mientras nos estrechaba la mano—. ¿Puedo hablar contigo? Hay algo que quiero mostrarte.

—Claro, de qué se trata.

—Escribí una crónica en el taller de periodismo del colegio; es sobre el partido que jugamos el otro día y quisiera regalártela —le dije alargándole el papel en mi mano.

—Muchas gracias —contestó con su imborrable sonrisa—, pero no sé leer.

Su respuesta me dejó perplejo. Le extendí la mano y entregándole el papel le dije:

—Te invito a tomar un refresco, ahí te la voy a leer.

Salimos de O Colosso y enfilamos rumbo al almacén de don Thiago, un viejo de barbas blancas y una calva negra y sudada tan resplandeciente que parecía una bola de cañón recién pulida. Ahí les invité un refresco a mis amigos, que tomamos sentados en la calle.

Entonces le leí mi crónica y mientras lo hacía podía ver su cara de felicidad. Me gustó saber que le había gustado mi manera de escribir.

—¿De dónde eres? —le preguntó Pedro, picado por la curiosidad—, ¿tienes familia?, ¿a qué escuela vas?

—No voy a la escuela —nos confesó—, soy de cualquier parte y el que quiera puede ser mi familia —dijo él sonriendo.

Pedro y yo cruzamos una mirada en silencio. Cuando acabamos el refresco nos separamos en la calle y caminamos en direcciones opuestas. Me di vuelta a mirarlo y vi que se perdía escaleras abajo por el cerro hacia el Jardín Botánico. Me pregunté dónde iría, dónde pasaría la noche. “Es verdad, está solo”, me dije, y sentí pena por él.

#### 4 *Jogo bonito*

**L**a leyenda de Pepinho comenzó a crecer como la espuma. En Tijuca todo el mundo empezó a hablar de él, y de pronto las calles comenzaron a aparecer llenas de letreros ofreciendo pruebas de talento para fichar a niños por algún equipo. Me llamaba la atención que en menos de un mes, todos los tipos adinerados de los barrios bonitos de Río parecían interesados en descubrir nuevos talentos. Todos los días se paseaban por Tijuca empresarios de Gávea, Leblon, Ipanema, Flamengo, Botafogo, en sus grandes automóviles americanos, mirando y conversando con los niños de las esquinas, regalándoles refrescos y preguntándoles si sabían de alguien que tuviera habilidad para jugar al fútbol. Según parecía, estábamos en presencia del negocio del futuro y mis dudas sobre si algún día sería o no rentable jugar a la bola estaban aclaradas. Bajo el precepto de un buen negocio, el descubrimiento de

una joven promesa equivalía a descubrir una mina de oro. Mientras esto ocurría, yo seguía escapándome de la escuela y pensé que debía hacer una investigación a fondo para descubrir qué era lo que había tras el negocio de los jugadores. Comencé a asistir a todos los entrenamientos de Sao Jacinto para ver cómo iba Pepinho.

Puedo decir que en cuanto comenzó a entrenar con el primer equipo de Sao Jacinto, Ricardo Alexander de Wilson Moreira demostró en la cancha lo que otros se empeñan en demostrar con bravatas: técnica, inteligencia, estado físico y garra, los cuatro pilares que sostienen en pie a cualquiera de los grandes ídolos del fútbol. De Pepinho podría haberse dicho hoy en día y con el mismo acierto, que futbolísticamente hablando poseía una dinámica inglesa, la elegancia argentina, la fortaleza italiana, la voluntad alemana y, coronando la torta, la eximia técnica brasileña.

Siempre que podía, Pedro me acompañaba y luego del entrenamiento íbamos con Pepinho a tomar un refresco y conversábamos hasta poco antes de que cayera el sol. A veces bajábamos a la playa y nos bañábamos un rato. Solíamos pasear por el Jardín Botánico

y por la Laguna Rodrigo de Freitas. Cuando nos despedíamos, Pepinho siempre lo hacía con una sonrisa y luego desaparecía por las calles y las escaleras sin que nosotros supiéramos a dónde iba. Un par de veces lo vimos irse en el auto de Boa Morte, y cuando le preguntábamos dónde lo llevaba, él siempre contestaba: "Por ahí". Naturalmente, a Pedro y a mí nos parecía extraño que Pepinho ocultara lo que hacía con Boa Morte, pero luego pensábamos que, en realidad, lo que ese tipo tenía era un negocio entre manos. Ya había descubierto su mina de oro, y no la dejaría escapar por ningún motivo. Aunque, por otra parte, solía preguntarme, ¿qué tipo de contrato le habrá hecho firmar a Pepinho?

En cuanto a mi labor en la escuela, mis crónicas cada día estaban mejor escritas y mi profesor del taller de periodismo me decía que estaba mejorando asombrosamente. A veces las leía en voz alta en la clase y cuando terminaba, yo miraba de reojo a Rosa, a ver qué cara ponía. Pensaba que podía enamorarla con mi manera de escribir. Ella también escribía muy bien, pero lo hacía de temas culturales. Le gustaba la música y la pintura. Definitivamente,

era una niña refinada, mientras que a su lado yo parecía un cavernícola de barra brava. A veces me ponía a pensar en eso y me desilusionaba al sospechar que jamás llegaría a gustarle. Un día no pude más y le conté todo a Pedro Alves.

—Creo que estoy enamorado de Rosa Gracia —le dije mientras estábamos sentados en la calle frente al almacén de don Thiago, bebiendo un refresco.

—¿Bromeas? Yo también lo estoy.

—¿Tú? —No podía salir de mi asombro—. Todo este tiempo me lo ocultaste, eres un traidor.

—Tú tampoco me dijiste nada —dijo él—, además, ninguno de nosotros tiene la más mínima oportunidad con Rosa.

—Hablarás por ti, perdedor, porque en lo que a mí respecta, la tengo loca con mis crónicas deportivas.

—Roberto, tus crónicas no las lee nadie —dijo Pedro—, déjame que te abra los ojos: Rosa está enamorada de Zezé, el niño rubio y crespo que está en el último curso de la escuela.

La confesión me dejó helado. No podía dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Y tú cómo sabes eso? —le pregunté—, no te creo nada.

—Es fácil —aseguró Pedro—, todas están enamoradas de él. Es el niño más guapo de la escuela.

—Y el más estúpido —dije yo.

—Lo dices solo porque estás celoso, pero Zezé es un buen alumno y toca los timbales en el grupo de samba del colegio. Las chicas se derriten por un playboy como él.

Esa tarde me fui a casa sintiendo una decepción muy grande. ¿Se enamoran las niñas solo de los hombres guapos o les importa algo más que eso? Si solo les interesaba la belleza física, yo ya daba todo por perdido. Estaba lejos de ser el chico más guapo del colegio. Me encerré en mi pieza y saqué mi libreta de crónicas. Revisé algunos poemas que había escrito para Rosa. Pensé en destruirlos, pero me arrepentí a última hora. En vez de eso, decidí que le escribiría unos últimos versos, los de la despedida. “Mi pequeña venganza —pensé— será haber escrito poesía para ella, y que ella nunca lo sepa”. Luego me puse a pensar en el trabajo, la temporada estaba por iniciar y debía tener afilada y lista mi pluma. Al día

siguiente debía cubrir un entrenamiento y tenía que concentrarme. Luego me acosté y soñé con Rosa y con Pepinho, pero no fue un sueño agradable. Soñé que ambos se conocían y se enamoraban, y se iban a vivir lejos de Río. Pepinho era una estrella, el astro más grande del mundo, y Rosa Gracia ni siquiera me daba un boleto.

Un par de días después, mis padres se enteraron de que había estado haciendo la cimarra para cubrir los entrenamientos de Sao Jacinto y pasé una semana castigado. Traté de hablar con ellos y explicarles que había descubierto mi verdadera vocación, pero era peor que hablarle a un par de muebles: no me quisieron escuchar. En esos días me cuestionaba por qué algunos adultos son tan intransigentes y no quieren escuchar, creen tener la razón en todo y no se dan cuenta de que también pueden estar equivocados. Hasta que se me ocurrió una idea para eludir el castigo: por intermedio de Pedro, invité a Pepinho a mi casa. A la tarde siguiente ambos estaban en la puerta, preguntando por mí. Cuando los vieron parados en la calle, mis padres no pudieron negarse a dejarlos pasar.

—Padres —les dije—, este es mi amigo Pepinho, el mago de la bola. Estoy escribiendo crónicas de su vida para el diario del colegio.

Un poco descolocados, mis padres lo saludaron y lo invitaron a pasar. Tomamos una merienda en el patio y tuvimos una conversación muy agradable. A mis padres les pareció muy extraño que Pepinho no tuviera familia ni casa y fuera por la vida de lo más feliz, como si lo tuviera todo.

—¿Y dónde pasas la noche? ¿Dónde comes? —preguntaba mi mamá casi con desesperación.

—Por ahí —respondía Pepinho.

Después que comimos, jugamos a la bola en el patio. Pepinho nos divirtió dando una exhibición de técnica y dominio. Hizo cosas que ni un malabarista haría con la bola. Luego, antes de que anocheciera, se marchó junto a Pedro.

—Ese niño es muy extraño, no puede ser tan pobre y ser tan feliz. Aquí debe haber un gato encerrado —dijo mi papá, y nos fuimos a dormir.

## 5 *Baila para mí*

Cuando Sao Jacinto debutó en el campeonato oficial, Pepinho ya contaba con la friolera de doce dianas convertidas en cuatro encuentros amistosos. Su media era alarmante. El día del debut, O Colosso, paradójicamente el pequeño estadio donde Sao Jacinto hacía de local, contaba en sus tribunas con bastantes más hinchas de lo habitual, pero aún eran pocos para contrarrestar a la fiel *torcida* del equipo de Paramaribo, cuadro contra el cual Pepinho habría de debutar. Entre la gente que llegó a ver el partido pude ver a todos mis compañeros de colegio con sus padres. También divisé a Berta y a sus amigas. Por más que la busqué entre la gente, no vi a Rosa Gracia por ninguna parte.

Junto a Pedro decidimos dar una vuelta por el camarín, donde los jugadores recibían las últimas instrucciones. Luis Fabio Do Santos, el entrenador de Paramaribo, ya sabía de las excepcionales dotes de Pepinho, por lo que

encargaba a sus volantes centrales detenerlo a toda costa, sin escatimar en recursos, desde el *foul* táctico a las infracciones directas. Tomé nota de lo que escuchaba y fui corriendo al camarín de Sao Jacinto a advertir a mi amigo.

—¡Tratarán de romperte las piernas! —le grité mientras él corría junto a sus compañeros de equipo.

Pepinho sonrió e hizo un gesto para tranquilizarme. Luego fuimos a ocupar nuestros lugares tras la banca de Sao Jacinto y esperamos a que iniciara el partido. Boa Morte, sentado en la tribuna oficial, se veía complacido y sonreía tranquilamente junto al presidente de Paramaribo. Sus hombres le llevaban refrescos y le encendían los habanos. Tras ellos, la caja de apuestas recaudaba el dinero que los hinchas invertían con la esperanza de multiplicarlo. Una pizarra sobre ella decía: "Sao Jacinto paga 2 a 1", mientras que Paramaribo, la visita, pagaba 4 a 1. Las apuestas daban por ganador al equipo de Pepinho.

Salieron los árbitros a la cancha. Silbatina generalizada. Revisaron los arcos, las mallas, dieron el visto bueno y corrieron a sus posiciones. Luego salieron los equipos. Aplau-

sos, papel picado, algunos gritos de las chicas. Pepinho venía entre la oncena titular de Sao Jacinto. Evidentemente, se veía más joven que el resto de sus compañeros. De hecho, por primera vez y gracias a ese contraste, pude notar que Pepinho tenía cara de niño. Wanderley Boca Negra, el relator oficial del partido, se preguntaba si ese jugador, a simple vista un muchacho inexperto, iba a ser capaz de echarse un equipo de adultos al hombro y si acaso Valentino Da Silva, el entrenador, no lo estaba sobrestimando. Pifias para Wanderley, la gente quería ver a Pepinho. El equipo de Sao Jacinto formó con Dodó en portería, línea de dos con Junior y Fabio. El centro del campo lo ocuparon Sergio, Tostao y Zé Carlos. Delante de ellos, y en una sorprendente innovación táctica, Pepinho jugó con la camiseta 10 y fue el volante creativo. En la delantera se alinearon Roque, Dalton, Diego Souza y Zambo.

Al iniciar el partido, las dudas de Boca Negra quedaron despejadas. En la primera pelota que tocó, Pepinho la recibió de espaldas al arco, en un rápido giro se sacó a su marcador y metió un pase con lienza desde treinta metros para Zambo.

—¿Estás por ahí!? —le gritó Pepinho a

su compañero cuando largó la bola.

Rápidamente, la cancha se fue inclinándose a favor de Sao Jacinto. Los jugadores de Paramaribo eran desbordados por las bandas y cuando querían salir, prontamente perdían la bola, sucumbiendo ante la presión del medio-campo del local. El partido fue, en términos generales, un mero trámite. 4 a 0 fue y pudo haber sido un *score* mucho más abultado. Pepinho anotó un solo gol y el resto del partido se dedicó a habilitar a los delanteros con precisos toques. El gol que anotó puede ser descrito de la siguiente manera: recibió de espaldas al arco en mitad del campo de juego y en un giro rápido eludió a su marcador avanzando hacia el arco contrario, eludiendo rivales con sutiles gambetas. Fueron quedando en su camino dos, tres, cinco adversarios, hasta que enfrentó al portero y definió con un toque de revés ante el achique. Golazo. Los palos y una que otra atajada del portero del visitante les ahorraron un bochorno de mayores proporciones. Nada sirvió para detener al *crack*, como ya le decían los comentaristas a Pepinho. Todo recurso fue vano para opacar la luz del astro.

Una vez que el partido terminó, fui corriendo al camarín de Sao Jacinto para tomar

de primera mano sus impresiones del cotejo. Estaba agitado y con la cara cubierta de sudor, pero se veía feliz. Le pregunté cómo se sentía y respondió: "De mil maravillas".

—¿Fue un lance complicado?

—Muy complicado —dijo él, aunque yo sabía que estaba mintiendo y lo decía para no parecer arrogante—, nos costó mucho imponernos, ellos estuvieron firmes en defensa y afortunadamente pudimos hacer pronto el primer gol, lo que, por ahí, nos abrió mejores perspectivas en el encuentro.

—¿Ya te sientes la estrella del Torneo Carioca?

—De ninguna manera —respondió Pepinho—, yo soy un obrero más que labora en la mitad de la cancha. Nadie gana los partidos solo, hay que apoyarse en el resto del equipo y seguir las instrucciones del entrenador.

Estaba por entrar al camarín junto a él, cuando Boa Morte y sus muchachos me hicieron a un lado. Nos encontramos de frente y por un segundo, nos quedamos mirando a los ojos. Su mirada me heló la sangre.

—Tú, muchacho —me habló a mí—, no puedes entrar aquí.

Luego se giró y se perdió entre los ju-

gadores. Uno de sus gánsteres me sacó hacia atrás con el brazo, pero antes de que cerraran la puerta pude ver que Boa Morte abría un maletín con sobres y los repartía entre sus jugadores.

—Vámonos de aquí —me dijo Pedro—, después hablaremos con Pepinho.

Volvimos a la cancha. Las graderías ya estaban vacías. El único grupo de personas que aún estaba ahí era el de Berta y sus amigas.

—Deben estar esperando a Pepinho —le comenté a Pedro.

—O esperándome a mí —dijo él poniendo cara de playboy.

—¿Crees que Rosa haya venido a ver el partido? —le pregunté.

—Rosa Gracia no vendría a este espectáculo cavernario —contestó Pedro con razón—, ella no perdería el tiempo aquí.

Nos sentamos a esperar que los jugadores salieran del camarín. Uno a uno fueron saliendo y se iban yendo junto a sus familiares y amigos. El último en salir fue Pepinho, quien venía junto a Boa Morte y a medida que se acercaban a nosotros pude oír que le decía algo así como "habrá más" o "ya tendremos

más para ti". Luego se fue con sus matones y juntos se subieron en un grandioso coche que arrancó dejando una nube de polvo frente al camarín. Quisimos acercarnos a nuestro amigo, pero Berta y su grupo de amigas nos ganaron la posición.

—Así que tú eres Pepinho, el jugador del que todo el mundo habla —le dijo Berta jugando con su pelo y hundiendo la punta de su pie izquierdo en el suelo, balanceando su pierna de un lado a otro mientras sus amigas reían divertidas, coquetas.

—El mismo —dijo él—, creo que ya nos conocemos, ¿no?

—No lo creo —respondió Berta—, es la primera vez que vengo a verte jugar. En la escuela todos hablan de ti y sentí curiosidad por conocerte.

—Pensé que te había visto antes —dijo Pepinho mirando las nubes y su sonrisa de plata brilló en su rostro de pantera—. En un sueño —agregó.

Berta y sus amigas sonrieron complacidas, dieron saltitos de emoción. Así que Pepinho era un *crack* no solo dentro de la cancha, al parecer también lo era fuera de ella.

—Les invito un refresco —les dijo Pepinho a las chicas, acariciando el sobre blanco que le había dado Boa Morte.

Ellas, naturalmente, dijeron que sí. Cuando pasó a nuestro lado, Pepinho nos vio y nos saludó.

—¡Hey, chicos! —nos gritó—, ¿nos acompañan a tomar un refresco?

Vimos como Berta y sus amigas perdieron la sonrisa y pusieron cara de "con estos ni al mercado". Pedro y yo cruzamos las miradas y respondimos al unísono:

—Este... no, gracias... dejémoslo para otro momento.

—Como quieran —dijo Pepinho—, nos vemos luego.

Cuando se iba alejando (Berta ya lo había abrazado), me gritó sonriendo:

—¡No vayas a publicar esto en tu crónica, Roberto, no quiero tener una mala fama en Río!

Pedro y yo nos fuimos del estadio, solos, caminando bajo el sol. Tenía ganas de invitarle algo, pero luego de ver a nuestro amigo alejarse rodeado de chicas, me sentía un poco avergonzado.

—Cuando yo sea el arquero más grande del mundo —dijo Pedro—, tendré muchas novias. ¿Tú qué dices, eh?

—Sí, supongo que sí —respondí sin confesarle que, en realidad, solo pensaba en Rosa Gracia.

Cuando llegué a mi casa, saqué mi máquina de escribir y comencé a revisar mis apuntes. Luego escribí una crónica llena de adjetivos y en un tono tan enajenado que al día siguiente, cuando Marcio Joel la revisó, me pidió que la reescribiera. Cuando lo hizo, me sentí un poco descolocado, ¿es que estaba perdiendo mi estilo? Una vez en mi casa la releí y me di cuenta de que, en efecto, había cosas que honestamente estaban exageradas. La retoqué un poco, limé algunas asperezas, suavicé algunos adjetivos y ya estaba mejor.

## 6 *Clemson y Gilmar*

**L**as fechas del campeonato comenzaron a sucederse en medio de una creciente expectativa por la nueva figura. Sao Jacinto empezó a ganar todos sus cotejos con una facilidad pasmosa, tanto de local como de visita. En todos los encuentros, Pepinho anotaba los goles más increíbles y ejecutaba las jugadas más complejas. Su talento parecía no tener límites y estaba reafirmado por partidos y jugadas sensacionales, como aquella que hizo contra Fluorensis, en la tercera fecha, donde tomó una pelota en la mitad del campo y se fue en demanda del arco rival, abriendo un surco por la banda izquierda del campo. A medida que avanzaba, se fue cerrando hacia el centro de la cancha, eludiendo rivales como si fueran muñecas y, cuando el último de ellos salía a enfrentarlo junto al arquero, Pepinho les picó sutilmente la pelota que se elevó con suavidad por el aire, describiendo una graciosa parábola que aterrizó tras

los talones del arquero, justo dentro del arco. Cuando ejecutó esa maravilla, Pedro me miró con la boca abierta y me dijo:

—¿Viste eso? Fue como una *foha* seca.

Me gustó la comparación y la utilicé en mi siguiente crónica para bautizar la jugada. "La bola cayó tras el arquero como una hoja seca...", escribí.

También son recordadas las fechas cuatro y cinco, cuando ante la lesión de Junior improvisó como *back* y fue una muralla impenetrable en el fondo, empujando a su equipo desde el área propia hasta llevarlo a la victoria. Y qué decir de la séptima, cuando improvisó los últimos quince minutos al arco ante la lesión de Dodó, el guardavallas titular. Cortó centros con gran sentido del tiempo y distancia y hasta achicó un ataque de rodillas y con los brazos extendidos. Cuando hizo eso, Pedro de nuevo me quedó mirando boquiabierto y me dijo:

—Un Cristo. —Termino que, por supuesto, acuñé rápidamente.

Comenzaron a circular algunos rumores que decían que el Brasil estaba formando la primera selección de su historia, con jugado-

res traídos desde todos los rincones del país, y que Pepinho sería el volante de creación de ese equipo. Para mi enorme sorpresa, el rumor lo hizo circular el mismísimo Joao Gilberto, el periodista de la *Gazzeta Sportiva* cuyas crónicas tanto me habían impresionado. El artículo me lo mostró mi profesor, Marcio Joel, en nuestro taller de periodismo.

—No puede ser —le dije—. ¿Joao Gilberto conoce a Pepinho? Nunca lo he visto en el estadio.

—Nunca ha ido —dijo él—, escribe sobre cosas que escucha y que lee de otra gente. Es algo que de vez en cuando suelen hacer algunos periodistas, toman algo de aquí, otro poco de allá, que este dijo, que el otro escuchó, y luego publican una noticia a base de rumores. De hecho, supo de Pepinho cuando leyó una de tus crónicas.

Me quedé helado. Primero pensé que mi profesor me estaba tomando el pelo, y luego me sentí decepcionado de Joao. Supuse que mucha de las cosas que yo había leído de él, quizás ni siquiera las había vivido. Me pareció una deslealtad con su oficio y con sus lectores.

—¿Cómo que la leyó? —le pregunté casi tartamudeando.

—Se la envié —dijo Marcio—, la *Gazzeta* organizó un concurso de crónicas escolares y yo envié una de las tuyas.

La revelación me dejó perplejo. No me había dicho nada y no sabía si enfadarme o felicitarlo.

—¿Y qué le pareció? —pregunté aguantando la respiración.

—No lo sé, pero supongo que le gustó porque quiere saber más de Pepinho, lo irá a ver uno de estos días. Igual que yo, muchacho. Si ese niño juega como lo describes en tus crónicas, vale la pena verlo —me dijo acariciándome el pelo en un gesto de cariño.

—¿O sea que gané ese concurso? —le pregunté.

—Así es muchacho, así es —me dijo Marcio sonriendo—, te has ganado entradas para ir a ver jugar a Botafogo, además de camisetas y balones de fútbol, ¿qué te parece?

Era la primera vez que ganaba algo por el solo hecho de escribir. Me pareció increíble que alguien me diera un premio por sentarme frente a mi máquina de escribir y echar a volar mi imaginación. Así que mi pluma comenzaba a ganar admiradores y uno de ellos era ni más ni menos que el gran Joao Gilberto. Pero

¿le habían gustado realmente mis crónicas o solo le interesaba Pepinho? Me atrapó una inseguridad muy grande. Sentí retorcijones en el estómago y curiosidad por saber qué pensaba. Luego supuse que si le había interesado el juego de Pepinho, la conclusión lógica era que fue exclusivamente por mi manera de escribir sobre él. Me tranquilicé pensando en eso.

Salí de la escuela y camino al entrenamiento de Sao Jacinto me junté con Pedro, quien tenía algunas interesantes novedades. La primera era que Joao Gilberto había anunciado en su programa de la radio que un jugador extraordinario estaba haciendo sus armas en las canchas de Río, y que Carlos Boa Morte lo había invitado a presenciar uno de los partidos del club. La otra era no menos impactante: después del escándalo de Didí, la estrella del Botafogo que había muerto en las dramáticas circunstancias por todos conocidas (en un encuentro amistoso contra un equipo africano, estos resultaron ser una tribu de caníbales que se comieron a Didí para heredar su talento), el equipo se había reforzado con un par de hermanos traídos desde el estado de Minas Gerais y se aprestaba a darle caza a Sao Jacinto

en la penúltima fecha del campeonato, donde ambos equipos tenían que enfrentarse. Hasta el momento, Sao Jacinto le llevaba dos puntos de ventaja al Botafogo, y de perder en su visita al General Severiano, la cancha de aquel club, nos alcanzarían en la tabla. Faltaban dos fechas para que ese encuentro se produjera y, según me dijo Pedro que había escuchado, las apuestas ya empezaban a reventar las cajas. "Seguramente —pensé—, Joao Gilberto irá a ver el lance contra el Botafogo. Será el partido del siglo en Río de Janeiro".

—¿Y cómo se llaman los hermanos? —le pregunté a Pedro mientras él pelaba una banana y caminábamos rumbo a la cancha.

—Clemson y Gilmar —respondió—, creo que el apellido es Arosio.

No pude reprimir una carcajada. No creía que fuera cierto.

—¿Hablas en serio? ¿Quién diablos le puede poner Clemson a su hijo?

—Su mamá —dijo Pedro dándole una mascada a la banana—. Según oí, lo hizo para que se diferenciara de los demás niños. En Minas Gerais, todos los chicos tienen nombres terminados en "ao", como Joao o Luizao, o terminados en "inho", como Jairzinho.

—Debes estar *maluco*, todos los brasileños tienen nombres terminados en "ao" y en "inho" —afirmé.

—Nosotros no, yo me llamo Pedro y tú Roberto.

—Pero nosotros somos excepciones, no contamos.

—En fin, será mejor que vayamos a ver a estos hermanos; no podemos jugar con ellos si no sabemos cómo lo hacen —dijo Pedro.

—¿Ahora tú eres el jefe? —le pregunté—; aquí yo soy el que da las órdenes. Iremos a ver a esos hermanos este fin de semana —le dije mientras mi amigo me miraba moviendo la cabeza y riéndose de mí.

En la siguiente fecha fuimos a ver al Botafogo. Yo había cobrado mi premio en las oficinas de la *Gazzeta Sportiva*, donde mis futuros colegas me tomaron una fotografía en la que yo salía junto a mi inseparable amigo Pedro Alves y a mi profesor Marcio Joel, los tres riéndonos como si nos estuvieran contando el mejor chiste del mundo. No pude conocer a Joao Gilberto, quien se excusó de participar en la ceremonia so pretexto de que tenía que reportear una importantísima noticia. Cuan-

do estábamos en el estadio pensaba que quizás él estuviese ahí, en algún lugar entre la multitud. Una enorme bandera con la cara de Didí pintada en el centro ondeaba sobre la *torcida*. Abajo tenía escrita una leyenda que decía: "NO AL CANIBALISMO EN EL FÚTBOL: FAIR PLAY". La *torcida* de Botafogo, sin duda, todavía estaba conmocionada, y no era para menos. Según los reportes de la prensa especializada, los caníbales del equipo africano no habían dejado más que un hueso, un fémur que los *torcedores* habían escondido en un lugar secreto de la selva y con el cual practicaban algunos rituales de santería e invocaban a los *orishas* a fin de que Didí pudiera reencarnarse en algún niño prodigio.

—Ese niño prodigio ya nació —le dije a Pedro—, se llama Pepinho y juega para el Sao Jacinto.

Aquel día, Botafogo jugaba contra Deportivo Portuguesa, el equipo de José Vasconcellos, un conspicuo candidato a alcalde de Río, y según lo que indicaba la tabla, de perder este último, relegaría toda opción a pelear el campeonato. Era un partido de cuatro puntos, como decía Wanderley Boca Negra encerrado en su cabina de transmisión,

sudando como un caballo atravesando el desierto del Sahara.

Clemson y Gilmar eran un diez y un nueve, respectivamente, antecesores de las legendarias duplas que décadas después harían Pelé y Garrincha, Maradona y Burruchaga. Bastó ver los primeros quince minutos para saber que los rumores eran ciertos: los hermanos Arosio eran una dupla temeraria, pura dinamita repartida por partes iguales en dos jugadores que se entendían sin mirarse. Era sorprendente ver que se conocían de memoria el uno al otro, por lo que la secuencia pase de Clemson y gol de Gilmar no era una sorpresa para nadie. La técnica eximia de Clemson y el olfato goleador de Gilmar eran un deleite. La forma que ambos tenían de jugar era más o menos esta: Clemson se paraba en el centro del campo y bajaba máximo hasta tres cuartos de campo propio. La línea de defensa y de volantes, al parecer, tenían expresas instrucciones de entregarle el balón y una vez que este lo tenía, no se quedaba ni engolosinaba con él, simplemente levantaba la vista y observaba la posición de Gilmar, quien, como picado por una avispa, ya se había separado de su marcador y le trazaba una diagonal a su

hermano para que este le arrojara una bola con asombrosa precisión. El resto lo hacía Gilmar. Encaraba al arquero, se lo sacaba con una gambeta o bien definía a un costado de este, cuando ya estaba jugado. Era un fútbol simple y efectivo, pragmático. Un fútbol moderno.

Por si esto no bastara para amedrentar a sus rivales, el estadio General Severiano se estremecía hasta los cimientos por los saltos y el cántico de su *torcida*, innumerable frente a los pocos pero locos *torcedores* de Deportivo Portuguesa. Botafogo ganó el partido por 5 a 2 y pudo haber anotado varios más. A simple vista, los nuestros eran equipos muy parejos.

—La liga se decidirá en el partido entre Botafogo y Sao Jacinto —le dije a Pedro—, debemos alertar a Pepinho y a Valentino Da Silva, el entrenador.

—¿El entrenador? —preguntó él.

—Claro —le respondí—, tiene que preparar el partido; él sabrá qué hacer.

Salimos de la cancha del Botafogo, abrumados por su juego y por su hinchada, y nos fuimos directamente a la cancha de Sao Jacinto, que jugaba su partido al día siguiente contra Guanábara. Cuando llegamos al entrena-

miento, todos los jugadores estaban trotando en la cancha, menos Pepinho, quien poco a poco había acentuado su costumbre de desaparecer con Berta. Nos acercamos a conversar con Valentino Da Silva para ponerlo al tanto de nuestras observaciones.

—Los hermanos Arosio —dijo él pensativo, luego de que nos reportamos—, ya los conozco, he estudiado su juego.

—¿Y cómo lo sabe? —le pregunté.

—Porque yo los recomendé para el Botafogo —respondió.

Pedro y yo no podíamos dar crédito a lo que escuchábamos.

—Miren, muchachos —siguió él—, tengo algunos espías en Sao Paulo, en Minas Gerais, en Bahía, en Porto Alegre, en casi todas partes de Brasil. Ellos me envían reportes de jugadores y así fue como me enteré de ellos. El entrenador de Botafogo es un viejo amigo mío, y como estaba complicado luego de lo que le pasó a Didí, solo hice lo que se hace con los amigos: le di una mano recomendándole a esta dupla.

—Pero puede costarle la liga a manos de ellos —le dijo Pedro—, ¿no le preocupa la posibilidad de perder?

—Si me preocupara, no entrenaría a ningún equipo —respondió él—. No me asusta perder, lo que me asusta es jugar mal —agregó.

—¿Dónde está Pepinho? —le pregunté.

—No lo sé —dijo Da Silva—, debe andar de paseo con su novia.

—¿Y lo dice así como si nada? ¿No le molesta esa actitud de Pepinho?

—Claro que me molesta, muchachos —reconoció él invitándonos a sentarnos en una galería—, pero escúchenme bien: Pepinho es un jugador con un talento superior al promedio de sus compañeros y eso mismo hace que tenga una personalidad compleja. Él confía ciegamente en sus recursos, pero todavía es inmaduro, y quizás no madure nunca. Las personas que son geniales en una cosa, tienden a ser un fracaso en otros aspectos de sus vidas, y desarrollan egos grandes y conflictivos que les cuesta mucho domar.

—Pero está perjudicándose a sí mismo y al equipo —dije yo.

—Eso es algo que él tendrá que descubrir —concluyó Valentino poniéndose de pie—, nadie se lo puede enseñar.

Al parecer, el mayor problema de Pepinho ya no era la marcación de los rivales, sino

la marca a presión que sobre él ejercía Berta. Ambos tenían un idilio y eso había significado, en términos prácticos, que Pepinho había dejado de asistir a algunos entrenamientos. El entrenador estaba enojado con él y, peor que eso, Carlos Boa Morte lo traía entre las cejas. La primera vez que el *crack* se ausentó acusó un problema estomacal, pero luego se volvió evidente que el verdadero problema no era su estómago, sino Berta, quien no lo dejaba a sol ni a sombra y se jactaba en la escuela de ser la novia de Pepinho. Desde que salía con él, Berta se había vuelto insoportablemente presumida, como si hubiese dado el paso supremo de su vida y quisiera que cada persona de la escuela lo supiera. Rosa Gracia se alejó de ella y cada vez parecían más distintas. Yo solía preguntarme cómo era posible que dos personas tan disímiles pudieran ser hermanas.

Para el partido contra Guanábara, Pepinho prácticamente no había entrenado. Da Silva, en una decisión que debió serle muy difícil, lo alineó en la oncenena titular. El estadio nuevamente estaba lleno y los lienzos y las banderas con la cara de Pepinho se multiplicaban en las graderías. Cuando el equipo salió a la cancha, él se veía diferente, como si estu-

viera desconcentrado o como si hubiese perdido algo de esa chispa que inspiraba cada vez que, al aparecer por la boca del túnel, comenzaba a picar, a saltar, a pedir de inmediato la bola para ejecutar pases largos, con borde interno y a tres dedos. Esta vez no. Esta vez salió y se quedó parado en la mitad de la cancha, conversando con el árbitro. Sonreía, eso sí. Triste no estaba, la tristeza o el desánimo no eran su problema. Pepinho levantó la mano y le arrojó un beso a Berta, que estaba sentada en la tribuna junto a dos de sus amigas. "Mala señal", pensé yo. Antes de la pelea, un gladiador no se pone a repartir besitos a la muchedumbre. Un gladiador se revuelve inquieto sobre sus pasos, predispone a la lucha cada uno de sus músculos, se vuelve una piedra oscura que solo piensa en una cosa: la victoria.

—Tengo un mal presentimiento —le comenté a Pedro antes de que el árbitro pitara el inicio del encuentro.

—No temas —respondió él—, Pepinho está en la cancha y Dios está con nosotros.

Lo miré fijamente a la cara, estudiando sus gestos. Pedro también pecaba de confianza.

—Eso mismo es lo que me preocupa —le dije—, pues si Dios está con nosotros, ¿entonces quién diablos es el que está con ellos?

## 7 *La fiebre: perdidos en Río*

—**P**asas demasiado tiempo con esa muchacha —dijo Boa Morte—, no quiero que por su culpa perdamos el campeonato.

—Todos tenemos derecho a perder, algún día nos tenía que pasar —le contestó Pepinho.

Boa Morte, que antes parecía algo apaciguado y hasta resignado, se estiró de pronto sacando hacia adelante su huesudo pecho y lo miró con ojos de fuego.

—¿Por quién carajo me tomas, eh?, ¿crees que soy un payaso, que te estoy contando una jodida broma de negros? —Boa Morte se había salido de sus casillas y le palmoteaba el pecho a Pepinho mientras le hablaba—. No perdemos este campeonato, no en esta vida, pendejo —le dijo respirándole en la cara.

Luego agregó:

—Se te olvida que tenemos un contrato, muchacho, y se te olvidó un pequeño detalle antes de firmarlo.

—¿Sí? —dijo Pepinho luchando por no parecer asustado—, ¿cuál?

—Leerlo —agregó Boa Morte, quien luego se rio, y su risa de gánster nos heló la sangre. Era una risa y una amenaza al mismo tiempo—. Te quiero ver entrenando, y si perdemos ese partido contra Botafogo, te juro que te arrepentirás de haberme conocido —gritó antes de subirse a su auto, donde uno de sus gánsteres se acomodó la punta de su sombrero con una pistola. Así que hablaban en serio.

Cuando se fueron, Pedro y yo nos acercamos a Pepinho e intentamos bajarle los decibeles al asunto.

—No pasa nada —lo tranquilizó Pedro—, contigo en cancha, jamás perderán el partido contra Botafogo.

—Es mi culpa —dijo Pepinho, todavía conmovido—, la derrota de hoy es mi culpa.

—¿Sabes por qué Boa Morte te dijo lo del contrato? —le pregunté—, ¿de qué carajo estaba hablando?, ¿qué decía ese papel?

—Y yo cómo voy a saber —respondió él—, no sé leer, no tengo idea qué tipo de contrato firmé.

—¿Y él qué te dijo cuando lo firmaste? —preguntó Pedro.

—Que era un buen contrato, que me aseguraba un sueldo y que si ganábamos el campeonato, me pagaría veinte mil réis.

—Es mucho dinero —afirmé—, él nunca le pagaría tanto dinero a nadie; y el sueldo mensual, ¿te lo ha pagado?

—A veces, los primeros dos meses me dio tres mil réis, pero luego no me ha pagado, o me da menos dinero, qué se yo, doscientos réis, cosas así.

—¿Y qué has hecho con el dinero? —le pregunté.

—No lo sé —respondió él—, tengo algo ahorrado, pero también le he comprado muchas cosas a Berta.

Cruzamos una mirada con Pedro. Así que, finalmente, todos los caminos conducían a ella.

—Me ha pedido que le compre algunas cosas, la he invitado a comer y tomar refrescos a ella y a sus amigas —agregó.

—Está bien, no sigas —le dije yo—, lo hecho, hecho está. Ahora debes ponerte a entrenar, el partido contra Botafogo será una batalla.

—¿Tienes idea de lo que pude haber firmado? —me preguntó Pepinho.

—Lo que firmaste quizás fue tu mismísima sentencia de muerte —le dije, y me largué de ahí.

El partido contra Guanábara fue un completo desastre. Pepinho, que en las ocho fechas anteriores había sido un genio, se vio totalmente errático, sin fuerzas, sin ganas. Era como Sansón después de que Dalila le cortó el pelo. Sin él participando del juego, el medio campo de Sao Jacinto desapareció de la cancha y con ello los delanteros quedaron a la deriva. Guanábara no tardó en darse cuenta de que su rival estaba durmiendo una siesta y comenzó a atacarlo por toda la cancha, desbordándolo por las bandas y llegando por el centro. 2 a 0 fue un resultado piadoso para lo que se vio en cancha, los goles pudieron ser muchos más. La *torcida*, que había iniciado el cotejo en un carnaval, terminó en silencio y pensativa como en un velorio. Todos sabían que luego de su triunfo contra Deportivo Portuguesa, Botafogo quedaba empatado con Sao Jacinto en la punta de la tabla con catorce puntos de dieciséis posibles. Siete triunfos y una derrota en ocho fechas. Todo se decidiría en la penúltima jornada, en el General Severiano, la cancha de

Botafogo. La copa, que antes se veía tan clara y al alcance de la mano, ahora estaba como envuelta en una neblina, vaga y difusamente nuestra.

Durante la semana previa al encuentro, ambos equipos decidieron entrenar en doble jornada y a puertas cerradas. Pepinho no quiso atender a la *Gazzeta* y esta lo interpretó titulado: "Pepinho se atemoriza ante los hermanos Arosio". Estos, a su vez, improvisaron una rueda de prensa en el camarín de Botafogo e hicieron declaraciones vagas y confusas, primero afirmando y luego negando sus dichos, por lo que una parte de la prensa tituló: "Clemson y Gilmar afirman que ganarán el encuentro". La otra parte tituló: "Hermanos Arosio reconocen superioridad de Sao Jacinto". Yo escribí una crónica que titulé: "Dos contra uno, así no vale".

En las afueras de las sedes de ambos clubes, una multitud incontable hizo interminables filas para adquirir sus boletos a precios estratosféricos para la época. Las *torcidas* hicieron verdaderas vigiliias, alojándose en la calle con sacos y comiendo de ollas comunes. Los santeros aportaban lo suyo haciendo ofrendas

a dioses negros y pidiendo por la protección de Pepinho, quien dormía junto a sus compañeros en el hotel de concentración, que no era otra cosa que una de las bodegas de la Empresa de Transportes y Locomoción Colectiva Carlos Boa Morte.

En la escuela me encontré con Berta, quien me dijo que no había podido ver a Pepinho durante toda la semana.

—Mejor así —le dije yo—, en este momento no necesita distracciones.

—Yo no soy una distracción —respondió ella ofendida—, soy su novia.

—Solo por conveniencia —repliqué—, ¿crees que nadie se da cuenta de que tratas de colgarte de su fama y de su dinero?

Berta me miró con furia.

—¿Y tú? —preguntó—, ¿eres su amigo o sólo lo usas para escribir tus crónicas y trepar en el diario del colegio?

Luego se fue y me dejó dado un golpe bajo que no supe responder. Me hice la misma pregunta: ¿me interesa realmente Pepinho como persona o solo como jugador?, ¿estoy con él porque soy su amigo o porque me da material para escribir y cultivar mi propia fama? Una de las cosas que me habían queda-

do claras era que Berta no era tan tonta como pensé. Sabía sacar sus garras y cuando tenía que hacerlo, arañaba como una gata. Era una fierecilla de armas tomar, sería mejor irse despacio con ella.

Estaba pensando en eso cuando Rosa Gracia apareció al final del pasillo. Estaba sonriendo, se veía feliz e iba caminando junto a Zezé. Antes de tomar la escalera y de que ambos se perdieran rumbo hacia el gimnasio de la escuela, ella me miró a los ojos durante dos segundos. Me quedé petrificado. "Me miró", pensé. Y luego pensé: "Pero va con Zezé, el niño del que hablaba Pedro". Y luego seguí pensando: "Se iban riendo, es decir, tiene algo con él —concluí—. Pero entonces ¿por qué me miró? Nunca lo hace. Pero ahora lo hizo. ¡Ah!, ya sé. Quiere burlarse de mí. En el fondo, con esa mirada, lo que quiso decirme es: *No me busques más, ya tengo a alguien*". Me sentí confundido.

—No puedo pensar en esto ahora —me dije—, el trabajo importa más que Rosa Gracia en este momento.

Durante la semana no vimos a Pepinho. Pedro y yo nos íbamos a sentar afuera del es-

tadio de Sao Jacinto, pero él no quería salir a conversar con nosotros. Lo único que nos dijo un día fue que necesitaba concentrarse para jugar contra Botafogo. No hubo mucho sobre lo cual escribir. Solo había que esperar el día del partido.

El amanecer del gran día fue un alivio para todo el mundo. A los nervios y la tensión de los días previos, esos que siempre traen consigo el espejismo de la pesadez y la lentitud, la sensación de que no van a pasar nunca, llegó la certeza de que la hora era inminente y de que el partido se iba a jugar. Desde temprano el deporte rey se dejó sentir en la ciudad con todo su esplendor, con sus aires carnavalescos que llenan las veredas de vendedores ambulantes ofreciendo camisetas, gorros, banderas, de gente llegando al estadio en caravanas, todos vestidos con los colores de sus equipos, con poleras estampadas con los nombres de sus jugadores favoritos. En la puerta del estadio, el público se agolpaba para tratar de entrar primero y así conseguir una mejor ubicación. En las galerías, las *torcidas* más duras de cada equipo preparaban la entrada a la cancha de sus cuadros alistando sobre las rejas a va-

rios encargados con extintores y bengalas. Se repartía papel picado y serpentina, se colgaban lienzos y sobre la cabeza de los hinchas se extendían las orugas con los colores del club. Todo un espectáculo digno de vivir al menos una vez en la vida.

En camarines, en tanto, Sao Jacinto y Botafogo hacían el calentamiento previo. Los jugadores podían escuchar, como un enorme y a la vez lejano murmullo, las voces de los cientos de personas que ya comenzaban a corear cánticos en donde los nombres de Pepinho y de los hermanos Clemson y Gilmar servían para crear un estribillo victorioso. Nadie, sin embargo, tenía miedo. Ansiedad sí, algo de nerviosismo. Un jugador, al igual que un soldado, debe oler el riesgo para poner sus cinco sentidos en alerta. Pero no puede tener miedo, un jugador de verdad no debe tener miedo. Si así fuera, lo mejor sería que se quedara en su casa jugando a las canicas.

Pepinho miraba el balón mientras trotaba. Imaginaba jugadas, resolvía situaciones antes de saltar a la cancha. Pensaba, por ejemplo, en la gambeta que utilizaría para sacarse de encima al portero cuando lo enfrentara solo y este, a su vez, desesperadamente tratara de

evitar el gol arrojándose a sus pies. Amagaría ir a la derecha y saldría hacia la izquierda, hacia adentro de la cancha, dejando la pelota servida para su pierna "menos hábil". Eso era lo ilógico. Precisamente, por eso lo haría. Si lo obvio era ir hacia la derecha, donde podría definir con su mejor pierna, él iría hacia la izquierda. Esa era una cualidad única en Pepinho, hacer lo ilógico con facilidad increíble, reinventar las jugadas, como decía Wanderley Boca Negra en su cabina de transmisión.

Clemson y Gilmar, por su parte, no hablaban entre ellos, no hacía falta. Sabían lo que uno y otro pensaban sin necesidad de mediar palabras. Era el acto poético absoluto dentro de una cancha, la jugada sublime que prescinde del lenguaje para ser llevada a cabo. En cambio, se entretenían rematando al arco donde el portero se esforzaba inútilmente por llegar a balones que eran ubicados en ángulos imposibles, donde todavía no llegaba el teléfono, donde ni siquiera las arañas podían tejer sus trampas. Luego decidieron probar con los centros: Clemson tiraba el balón desde cualquiera de los costados de la cancha y Gilmar definía con potentes boleos, o bien con una circense tijera, en que su cuerpo quedaba sus-

pendido en el aire, perfectamente horizontal al suelo, y en un tris ejecutaba un rápido movimiento de piernas con el que impulsaba el balón al fondo de la red.

Veinte minutos más tarde el técnico los llamó al camarín para que se pusieran la indumentaria oficial. Antes de eso, los equipos habían concluido el calentamiento previo con trotes y elongaciones. En el túnel, camino a los vestuarios, los Arosio y Pepinho se cruzaron fugazmente. Intercambiaron unas miradas frías y esquivas, aparentaron sonreír, pero más de alguien pudo notar cierta tensión entre ellos, como si en verdad desearan probar, con todas sus fuerzas, quién era el mejor. Una vez en el camarín, los directores técnicos impartieron sus últimas instrucciones; había que salir a ganar el partido a como diera lugar, pero sin olvidarse del espectáculo. Mario Nunes, el técnico de Botafogo, encargó una marca zonal en contra de Pepinho, pero sin caer en el exceso de perseguirlo por toda la cancha. Su filosofía era que no existe mejor defensa que un buen ataque, por lo que les encargó a sus jugadores hacer circular el balón y pasárselo rápidamente a cualquiera de los hermanos Arosio, buscar frontalmente el arco y disparar desde

cualquier punto de la cancha. Por su parte, Valentino Da Silva encargó una marca pegajosa sobre Clemson, pues si él no tenía la pelota, su hermano Gilmar no estaría en situación de definir. Le dio libertad entera a Pepinho para moverse por todos los sectores del campo de juego, para así poder bajar a tomar la pelota a su propio sector y, de paso, deshacerse de algunas marcas. Una vez dadas las instrucciones, ambos equipos elevaron una plegaria al cielo, se abrazaron y se dieron ánimos para ganar el cotejo. Cuando salieron al túnel recién notaron que el estadio era una caldera a punto de reventar. La estructura completa se movía sobre sus cabezas al ritmo de los saltos de las *torcidas*. El griterío era ensordecedor, la adrenalina de todos los jugadores se puso a mil y juntos salieron a la cancha, donde el sol de la tarde era calcinante, como si fueran a jugar el partido de sus vidas de visita en el infierno.

La salida de los equipos fue espectacular. La mitad del estadio desapareció tras el humo de los extintores y las bengalas. La serpentina y el papel picado inundaron las galerías como miles de mariposas multicolores que el viento elevaba por sobre las cabezas de todos los espectadores. Las explosiones de algunas bombas de ruido

provocaron pánico y euforia en la masa, como si fueran cañonazos que presagiaban la batalla. Una vez en la cancha, los equipos se distribuyeron uno a cada lado bajo la galería donde estaban sus barras y comenzaron a trotar y a ejecutar largos pases, poniéndose a punto para iniciar el juego. En el círculo central, Pepinho y Clemson, los respectivos capitanes de cada equipo, hicieron el sorteo y posaron para una histórica fotografía que hoy se puede ver en uno de los números de colección de la *Gazzeta Sportiva*, una instantánea color sepia donde los jugadores y la terna referí salen sonrientes. Pepinho y Clemson posan con los banderines del equipo adversario y tras ellos es posible advertir una multitud apretujada y efervescente.

El partido se inició con los hermanos Arosio tocando en la mitad del campo de juego y con el intento inmediato de Botafogo por llegar al arco de Sao Jacinto. Desde el primer minuto, ambos bandos se dedicaron a buscar el arco contrario con lucidas jugadas que, sin embargo, no involucraban demasiado a las estrellas del partido. A los siete minutos de la primera parte, Clemson ejecuta un pase intrascendente en medio campo, la toma Vavá,

quien remata cerca del palo derecho. A los doce, buena jugada de Sao Jacinto: Roque toca largo para que Dalton saque un centro desde la izquierda que peligrosamente se fue cerrando contra el palo. La pelota estuvo a punto de entrar por la espalda del arquero, pero este, en una reacción felina, regresó sobre sus pasos y envió al tiro de esquina. Al minuto siguiente, por fin apareció el talento de Pepinho. Una pelota que se perdía en el lateral fue recuperada en una barrida y cuando dos rivales lo cercaban, Pepinho amagó con volver sobre su propio terreno, cosa que hizo apenas un metro, pues cuando el defensa que lo perseguía por la espalda estaba a punto alcanzarlo, Pepinho pisó la pelota hacia atrás, metiéndole un túnel al hombre que estaba siguiéndole y dejando a otro tirado a medio camino. Un grito de júbilo bajó desde las tribunas, una ovación cerrada para Pepinho que corrió diez metros con la pelota y remató, desde lejos a la portería, un ajustado tiro que el arquero de Botafogo supo contener con dificultad. Dentro del campo, los jugadores podían sentir el estruendo incesante de las voces alentándolos, pero sus mentes solo estaban en lo que pudiera pasar dentro de la cancha. La concentración era absoluta y para

ellos todo el show de las galerías era un mero telón de fondo donde transcurría una parte del juego. Un telón que, de cualquier modo, estaba en completa mutación, tenía una vida propia que se regía por las leyes de la pasión, un amor sin preguntas que se desbordaba y caía a la cancha como un bálsamo que empujaba a los jugadores.

—¡Estamos viviendo un partido electrizante! —vociferaba Wanderley Boca Negra en su cabina—. ¡La pelota la tiene Botafogo, Clemson la lleva por la banda derecha, la impulsa, la desplaza, la maneja, la detenta, la gobierna, la domina, y ahora la pasa, la brinda, la combina, la enlaza, la juega, la entrega para que aparezca Gilmar, se acomoda Gilmar, se saca a un hombre, entra al área chica Gilmar, CUIDADO... remataaaaaaa... y hay ¡¡¡GOOOOOOOOOOOOL, golazo de Botafogo, señoras y señores, un remate rasante que se cuela pegado al palo izquierdo, le sacó un poco de pintura, y la bola al fondo de la REEEED...!!!

Había abierto la cuenta Botafogo. Golazo de Gilmar. Con el gol, el estruendo fue ensordecedor. Desde la *torcida* de Botafogo volvieron a bajar serpentinas y papel picado, brillaron nuevamente las bengalas y la multitud pareció

un hormiguero cuando bajó a la reja, se apretó contra esta, y luego volvió a subir los escalones de la galería. Un espectáculo impresionante. Boca Negra se rompía la garganta en la caseta de transmisión. "¡Una jugada fenomenal! —decía—, ¡el mejor fútbol de la tarde es para los hermanos Arosio!" que, hasta ese momento, estaban inclinando la balanza a su favor.

Me di vuelta y vi a Joao Gilberto tomar rápidos apuntes mientras se revolvía excitado en su silla. Estaba gozando el partido del siglo. En el césped, poco a poco, el equipo de Botafogo comenzó a inclinar las cosas a su favor, no solo con el gol, sino que con su juego. Con una rápida circulación del balón, alejaban la bola de Pepinho y llegaban al arco ocupando todos los flancos. Clemson comenzaba a tomar la manija del medio campo y alimentaba de buen fútbol a sus compañeros con pases medidos o bien con pases al vacío que siempre dejaban con ventaja a sus delanteros. En el minuto veinte se produjo una gran jugada que graficó la superioridad de Botafogo. Alex tocó, en su propia área, para que Vavá avanzara por la banda izquierda en demanda del arco de Sao Jacinto. Cuando un rival salió a marcarlo, tocó hacia el centro del campo y Clemson le

devolvió una pared perfecta que lo dejó con un par de metros descubiertos para seguir avanzando. Al intentar cruzarlo otro rival, Vavá repitió la jugada y así lo hicieron tres veces, alcanzando el límite del área grande de Sao Jacinto. La euforia en las tribunas era total y Clemson ya se disponía a devolverle la cuarta pared para dejar a Vavá solo contra el arquero, pero enganchó y metió el pase hacia el otro costado del área, donde Gilmar nuevamente se venía metiendo a toda velocidad. La jugada de Clemson fue totalmente sorpresiva y mandó a todo Sao Jacinto hacia el lado de Vavá. Gilmar apareció como un rayo, pero su zurdazo cruzado y rasante se estrelló en el palo, provocando un "¡¡¡OHHH!!!" de la multitud. En un sector del estadio, un cuarto de acceso reservado, algunos sujetos ponían mucho dinero sobre la mesa y cada cierto rato cambiaban sus apuestas. Cuando vieron esta jugada del Botafogo, muchos reorganizaron sus dineros y decidieron tirar todo a favor de los hermanos Arosio. En su lugar de la tribuna oficial, Carlos Boa Morte, se revolvía nervioso.

El juego se reanudó desde el fondo con el equipo de Pepinho tratando de emparejar el fútbol. Sin embargo, en su afán de ir tras el empate, comenzó a ceder espacios en el fondo que Clemson y compañía no desaprovechaban. Hilvanando rápidos contragolpes, fueron creando mayor peligro que antes. Pepinho realizaba infructuosos intentos por empujar a su equipo, mas sus jugadas siempre se diluían en los pies de un compañero o de un rival, y cada vez que intentaba avanzar solo, la marca de dos o tres rivales lo superaba, le quitaban la pelota o bien era infraccionado mucho antes de que pudiera acercarse al área de Botafogo. De cualquier forma, su empuje y técnica lucían por sobre sus compañeros. A veces lograba sacarse hasta tres rivales de encima y enviar un centro cuando todos pensaban que el balón se le escapaba por la línea de fondo. Otras veces metía un túnel, hacía una bicicleta, pero todo intento finalmente no funcionaba. A nadie le extrañó el 2 a 0 de Botafogo, a los treinta y siete minutos de juego, una obra maestra del contragolpe. Una salida rápida tocada por todo el medio campo, que movió la bola de derecha a izquierda para que una vez más

Vavá desbordara y tirara un centro atrás que Clemson definió cruzándola al segundo palo del arquero. Así terminó el primer tiempo, con Botafogo vuelto un carnaval y con el equipo de Sao Jacinto saliendo cabizbajo de la cancha y con Boa Morte retirándose indignado de la tribuna.

## 8 *La fiebre: un café cargado*

**P**edro y yo corrimos a los camarines del estadio, pero no pudimos entrar. Dos guardias, grandes como un par de roperos, nos impidieron el paso.

—El café va a ser muy cargado en el camarín de Sao Jacinto —le dije a Pedro, apretando nerviosamente mi libreta de apuntes.

—¿Los jugadores toman café en el entretiempo? —preguntó él.

—Claro que no, tonto, es un decir. Cuando un equipo va perdiendo y ha jugado mal el primer tiempo, se dice que en el camarín el café va a ser cargado en el sentido de que el técnico va a retar a los jugadores, como una forma de despertarlos, de reanimarlos, ¿me entiendes?

—Ah —dijo Pedro.

—¡Ay, mi amigo! A veces eres un genio y a veces eres tan, pero tan...

No alcancé a terminar la frase cuando

apareció Boa Morte con uno de sus hombres abriéndose paso entre los guardias (quienes no lo retuvieron), y ambos entraron al camarín.

—Ese café sí que va a estar cargado —comentó Pedró.

—Así es, mi hermano, veo que ya entendiste la idea.

—¿Cómo ves el partido? —me preguntó.

—Así como estamos jugando, el campeón será Botafogo. Necesitamos un milagro en el segundo tiempo, pero no todo está perdido. Se ha visto a muertos cargando ataúdes.

—¿Cómo dices? —preguntó Pedro.

—Digo que se ha visto a muertos cargando ataúdes...

Cuando vi su boca abierta y su cara de no entender nada, le expliqué:

—Es una expresión, significa que a veces es posible que...

Estaba por decirle lo que significaba cuando Boa Morte salió del camarín hecho una furia. Se acomodó un poco la camisa y el sombrero y partió rumbo a la tribuna. Tras él, comenzaron a salir los jugadores de Sao Jacinto. Pepinho se veía preocupado, su mirada estaba mucho más allá de lo evidente, en algún lugar imaginario o secreto dentro de sí mis-

mo. Quizás, a pesar de todo, era verdad que resultaba ser demasiado joven para echarse un equipo al hombro. Si tenía que demostrar la verdadera madera de la que estaba hecho, este era el momento.

Cuando los equipos volvieron a la cancha, la *torcida* de Botafogo volvió a ser un carnaval, en tanto que la de Sao Jacinto entregó tibios aplausos a sus jugadores. Había un ambiente derrotista que se dejaba sentir y que solo podía ser revertido con goles. Antes de que el árbitro pitara el inicio y en una actitud sorpresiva, Pepinho llamó a sus compañeros y estos se reunieron en torno a él. Les pidió que se abrazaran formando un círculo; al parecer, los estaba arengando. Pude ver sus manos moviéndose y sus ojos muy abiertos, como si en verdad se hubiera tomado un café reconcentrado. Luego se abrazaron uno por uno, se dieron la mano y se desearon fuerzas en aquel momento tan adverso. Se necesitaban mutuamente para salir del borde del abismo de la derrota, necesitaban encontrar confianza en el otro, animarse recíprocamente. Si luchaban todos juntos, podrían revertir el resultado, y ellos lo sabían. Lo que conversaron y les dijo Pepinho en aquel momento no quedó registra-

do en ningún medio. Los jugadores de ambos equipos se distribuyeron por la cancha y el árbitro pitó el inicio del segundo tiempo.

Botafogo trató de apropiarse rápidamente de la pelota y nuevamente comenzó a hacerla circular por todo el campo. Esta vez, sin embargo, Sao Jacinto adelantó sus líneas algunos metros y trató de cerrar el juego más cerca del medio campo que del área propia. El partido se volvió más trabado, se interrumpía constantemente el trámite de la bola. Los recuperadores de Sao Jacinto comenzaron a ganar más pelotas e intentaban dársela a los delanteros, pero no pasaba por la aduana de Pepinho. El juego caía en un pozo cuando a quince minutos de iniciado el segundo tiempo, el árbitro pitó un tiro libre a favor de Sao Jacinto. Calculé que la distancia era de unos treinta metros, demasiado lejos para probar a portería. Pepinho tomó la bola y la acomodó, se perfiló para lanzar un centro. Los jugadores se revolvieron en el área. La pelota cayó llovida sobre el arco. El arquero de Botafogo dudó si salir o no. Dio dos pasos adelante y se quedó estacado al suelo. Se quedó a mitad de camino. Saltó y estiró desesperadamente las manos. La pelota lo sobró por un centíme-

tro. Zambo apareció por detrás, elevándose cinematográficamente. Un defensa saltó a cabecear con él. "Lo va a anticipar", pensé. No. No lo anticipó. Zambo giró la cabeza y con el parietal izquierdo mandó la bola al fondo del arco. Estalló la hinchada de Sao Jacinto y Pedro y yo nos miramos por un segundo y luego saltamos de nuestros asientos como impulsados por un resorte.

—¡PELOTA EN LA RED, PELOTA EN LA RED, PELOTA EN LA RED! —gritó Wanderley Boca Negra.

Yo tomé mi libreta y garabateé mis impresiones. Imposible ser objetivo.

A partir de entonces, el partido, literalmente, fue otro. La cancha, como puesta sobre una balanza, comenzó a inclinarse contra el arco de Botafogo. Sus jugadores parecieron acusar un golpe psicológico, anímico. Comenzaron a retroceder, a ceder metros de terreno que los jugadores de Sao Jacinto, al parecer empujados por un espíritu guerrero que había despertado en ellos, empezaron a utilizar para atacar con todo. Al juego de recuperación de los volantes se integró lentamente Pepinho con la creación. Como si volviera de un largo sueño, de un aletargamiento producto de al-

gún tipo de hechizo, el genio, el *crack*, despertó. A los veintidós minutos tomó una pelota en la argolla central, alargó para Diego Souza y este para Zé Carlos, quien le devolvió la bola a Pepinho, que, a su vez, había ganado metros por el centro del campo. Salió a su encuentro un defensa del Botafogo. Enganchó y lo mandó al camarín. Salió otro defensa. El sudor perlaba la cara del *crack*, su respiración se acompasaba al ritmo del tambor de la *torcida*. Una mujer que estaba pegada a la reja gritaba algo tirándose los cabellos. Nadie podía oírla. Pepinho se acercó al borde del área grande eludiendo rivales con enganches a uno y otro lado. Zigzagueaba. De pronto, su cuerpo pareció encogerse. Echó el tronco hacia adelante y dejó la bola escondida tras su pierna derecha. Sacó un remate, un tiro furioso que voló por el aire. "Va al ángulo", pensé. Todo el estadio lo pensó. El arquero de Botafogo comenzó a volar por el aire. Lentamente se estiró hasta que todo su cuerpo quedó extendido, suspendido en el aire y en el tiempo, a más de un metro del suelo. Estiró la mano. No va a llegar, la pelota se va abriendo lejos de sus dedos. Estiró los dedos. La rozó con la punta de ellos. La pelota se desvió milimétricamente de su trayectoria, y se estrelló como un misil en el

palo. La *torcida* de Sao Jacinto explotó en un grito de "¡OHHHHH!", se tomaron la cabeza y miraron al cielo. Pelota al tiro de esquina.

—¡Es IMPRESIONANTEEEEEEE! —gritaba Wanderley hasta perder la voz—. ¡No se puede creer lo que ha sacado el arquero de Botafogo! ¡Desde aquí les digo, señoras y señoras, que si esta mañana se hubiese cortado las uñas, el portero no llega a ese remate!

La *torcida* de Sao Jacinto entendió el mensaje y se volvió un solo cuerpo desnudo y sudoroso que comenzó a saltar al ritmo del tambor. Las camisetas giraron en el aire, sobre sus cabezas. Los hombres ejecutaron danzas guerreras. Las canciones se volvieron estruendosas. Sao Jacinto quería el empate, y lo deseaba con una fuerza incontenible. A los treinta, Pepinho comandó un nuevo ataque y sus compañeros acudieron en su ayuda. Pelota larga hacia una orilla. Tostao sacó un centro y Zambo nuevamente lo conectó en el corazón del área. La bola se fue besando el travesaño. Los jugadores de Botafogo se veían aturdidos, como si cada ataque fuera un golpe directo al mentón que poco a poco los hacía perder el pie. El empate era inminente, una cuestión de tiempo. Y quizás de suerte.

El tiempo corría y se acababa. Daba la impresión de que se hacía más escaso cuando era nuestro equipo el que atacaba, y más espeso e interminable cuando éramos atacados. Un mismo partido puede vivirse de dos maneras tan dramáticamente opuestas. A los treinta y nueve, a seis minutos del final del encuentro, Wanderley Boca Negra relató la jugada de la siguiente manera:

—La recibe Pepinho en tres cuartos de campo propio, gira como un trompo, ¡ole!, su cancerbero pasa de largo, arranca por el centro como un toro lastimado, cuidado..., va Pepinho, uno en su camino, dos en su pasado, ¡tres que ya no existen, cuidado...! Cuidado, la defensa de Botafogo se cierra, va a sacar el remate, ¡no!, se frena, alarga para Roque, ¡lo dejó solo!, ¡pase entre líneas!, ¡solo Roque!, ¡va a rematar Roque!, ¡¡¡ROQUEEEEEEE...!!! (Silencio sepulcral en las tribunas) ¡¡¡GOOOOOOOOOL!!! ¡¡QUÉ DIGO GOL, GOOOLAAAZOOO DE SAO JACINTO!! ¡¡Cuando más lo buscaban, en un partido no apto para enfermos del corazón, ROQUE lo EMPATA para SAO JACINTOOOO...!!

Me di vuelta para mirar a Carlos Boa Morte. No celebraba el gol. Estaba aferrado a

su silla como si le faltara la respiración. Miraba el suelo con la cara lívida. Berta saltaba hecha una loca junto a sus amigas. Pedro agitaba una bandera de Sao Jacinto. Habíamos empatado el encuentro, y ahora quedaban cinco minutos para intentar ganarlo. A Botafogo. En su casa.

Si he de decir la verdad, no recuerdo nada de esos últimos cinco minutos. Lo único que sé es que los veintidós jugadores corrían tras la bola a un ritmo frenético y que en un contragolpe de Botafogo, un tiro de Clemson chocó en el palo, causando conmoción en el estadio. Comencé a sentir un intenso dolor en la boca del estómago. Trataba de pararme para ver qué sucedía, pero no podía hacerlo. Le apreté fuertemente la mano a Pedro y le pedí que me ayudara a incorporarme. Cuando me puse de pie, el estómago me ardió como si dentro de él tuviera una enorme brasa. Era un dolor que jamás había sentido en mi vida. Semiencogido, abrazado al cuello de Pedro y mirando entre los hombros de los que estaban parados delante de mí, pude ver la última jugada del partido. Minuto cuarenta y cuatro: Pepinho nuevamente avanzaba con la bola y se acercaba al área. No miraba

al frente. Sólo miraba la bola. Desesperados, los de Botafogo intentaban quitársela. No podían. Pepinho los eludía y se acercaba. Zambó le pedía la bola. Le gritaba desesperadamente que le pasara la bola. Pepinho corría tan rápido que si hubiese levantado la vista, se habría estrellado contra toda la defensa. Enganchó hacia adentro. Cuando estaba por sacar el remate, lo botaron al pasto. El árbitro cobró la infracción. El estadio entero enmudeció. Eran unos veinticinco metros, recostado hacia la izquierda, justo el perfil para un derecho. El *crack* acomodó la pelota. El arquero ordenó su barrera. Ya era el minuto cuarenta y cinco, sería la última jugada del partido. Pepinho respiró muy hondo, estaba completamente extenuado. Trataba de recuperar el aire apoyando sus manos en las rodillas. Miró el arco. Miró el balón. Todos lo miramos a él. Sus compañeros se acercaron y le hablaron, algunos se dieron vuelta, no quisieron ver el tiro. La brasa en mi estómago ardió con furia. Me doblaba, me hacía temblar y sudar al mismo tiempo. Abracé a Pedro y este me abrazó a mí. Pepinho tomó la distancia. El árbitro hizo sonar su silbato. Nuestro amigo emprendió la carrera, la mirada siempre fija en la bola. Sú-

bitamente, el tiempo en el estadio se congeló. Nadie movió un solo músculo. Pepinho impactó el balón. El ruido del impacto fue lo único que se escuchó a cientos de metros a la redonda. La pelota se elevó. La barrera de Botafogo saltó. "Va a chocar contra un defensa", pensé. No. Lo pasó. El arquero comenzó a moverse en dirección a ella. Su cuerpo, una vez más, quedó paralelo al suelo, mágicamente suspendido en el aire. La misma mujer de antes miró con los dedos crispados, aferrada a la reja. La bola viajó en el aire describiendo una curva que me pareció demasiado ancha. "Va a chocar en el palo o se irá fuera", pensé. Se alejó de las manos del portero, y se fue, se fue, se fue...

## 9 *Palabras mayores*

**E**l lunes por la tarde, después de la escuela, Pedro y yo fuimos a visitar a Valentino Da Silva para hacerle una entrevista. Toda la gente estaba tan encandilada con Pepinho que parecían olvidarse de él. A mí me llamaba la atención su personalidad huraña, algo retraída. Hasta podría decirse que era tímido. Una vez mi papá me dijo que tuviera ojo con las personas tímidas. Cuando le pregunté por qué, él me respondió:

—En la timidez suele haber genialidad.

Da Silva parecía tímido. Sí, definitivamente era tímido. Aunque cuando dirigía se transformaba en un león que rugía desde el borde de la cancha. Los jugadores lo querían y lo respetaban mucho. Algunos especialistas decían que era un entrenador que educaba, que formaba el carácter de sus dirigidos. Lo encontré fumando su vieja pipa y revisando algunos apuntes que había tomado durante los entre-

namientos: era muy riguroso en llevar un registro estadístico del rendimiento de cada uno de sus jugadores.

—Maestro, ¿puedo hablar con usted? —le pregunté—, estoy escribiendo algunas crónicas para el periódico escolar.

—Adelante, Roberto —me dijo sonriendo muy afable.

Comencé a registrar mis apuntes. Marcio Joel nos había enseñado en el taller de periodismo que antes de hacer una entrevista hay que tenerla bien preparada.

—Quisiera preguntarle por los motivos de la buena campaña de Sao Jacinto, ¿es un triunfo del equipo, del entrenador o es obra de Pepinho?

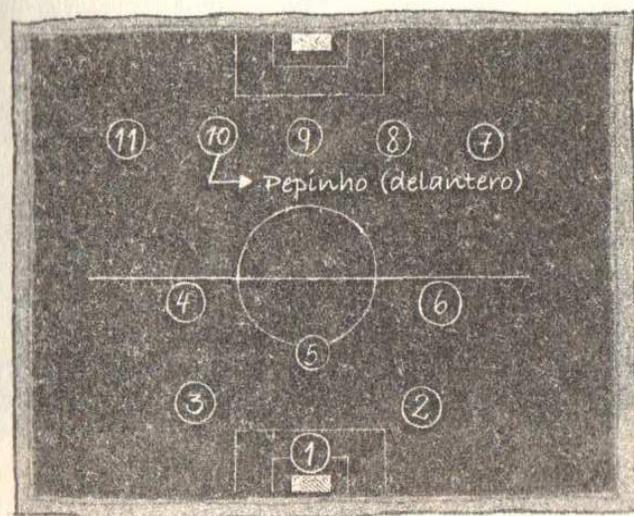
—De todos —respondió él—. En cualquier deporte colectivo, la estructura se sostiene en cada uno de los jugadores. Claramente, hay jugadores como Pepinho que, al ser más talentosos que el resto, lucen más, pero él sabe perfectamente que necesita a sus compañeros para poder ganar el partido —agregó en un tono muy pausado, casi como si estuviera murmurando.

—En cuanto a la táctica, los equipos de hoy juegan con cinco delanteros en línea, dos

*wings* abiertos, dos *insiders* o entrealas y un *centre-forward*, o centro delantero. Eso deja mucho terreno descubierto en la defensa y genera muchos goles en contra. ¿Evolucionará esta estructura de juego algún día?

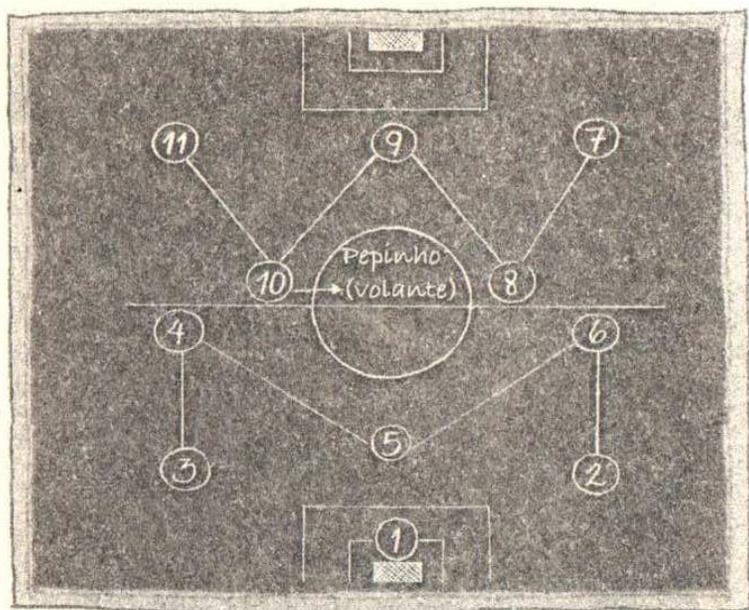
—Interesante pregunta, jovencito, pero para responderla debemos terminar de construir la figura táctica —dijo Valentino aspirando profundamente su pipa y comenzando a distribuir las fichas de los jugadores sobre una pequeña cancha de fútbol pintada en una pizarra—. A la línea de delanteros que mencionas, se une una línea de tres *halves* o mediocampistas, siendo el que está en medio el *centre-half*, para luego dejar en la línea de defensa a dos *backs*. Ahora puedes observarlo —agregó.

En la pizarra, vi que las fichas quedaron distribuidas de la siguiente manera:



—Bien —continuó el estratega mientras comenzaba a reorganizar las piezas—, según mis estudios tácticos, es muy probable que en poco tiempo baje al *centre-half* y lo ponga en medio de los *backs*, dejando así una línea de tres zagueros. Del mismo modo, pienso bajar a los *insiders* al medio campo, de manera que la línea delantera solo mantendría a los *wings* y al *centre-forward*. Como puedes verlo ahora en la pizarra, la distribución estratégica de los jugadores en el campo de juego nos da la forma de las consonantes "WM", ¿me entiendes?

Miré nuevamente la pizarra, y lo que vi fue sorprendente:



—Lo entiendo perfectamente —le respondí—. Lo que usted dice me hace pensar que, seguramente, el fútbol moderno se irá convirtiendo en la optimización de los espacios que ofrece el campo de juego.

—Es una observación muy inteligente. Yo aspiro a que entre mi línea de defensa y mi delantera haya una distancia de no más de veinticinco metros, lo que garantiza la rápida cohesión de las piezas tanto en ataque como en defensa. Y uso los *wings* como agentes de ataque que ayuden a ensanchar la cancha para así poder abrir a la defensa enemiga. Si los obligo a salir de sus agujeros, los puedo atacar con mayor facilidad.

—He observado que en Sao Jacinto, Pepinho suele jugar por detrás de la línea de delanteros y por delante de la contención, como un creador libre. ¿Es así o me equivoco?

—Veo que eres un observador muy agudo, muchacho. Así es, tal como lo dices. Digamos que he estado introduciendo lentamente estos avances tácticos, no quiero apresurarme demasiado. Todo cambio genera resistencia al principio porque no todos están capacitados para intuir lo que vendrá en el futuro. Claudio, emperador romano, dijo una vez: "Tener

razón antes de tiempo, también es una forma de estar equivocado”.

—En un equipo, ¿es indispensable el volante de creación o es una figura que puede ser sustituida por el trabajo colectivo?

—He analizado este hecho y pienso que es posible reemplazar al 10 por un trabajo de creación colectiva, donde se comparta entre varios jugadores la responsabilidad de habilitar a los delanteros y de distribuir la pelota entre las líneas. Recuerda que un volante es precisamente eso, alguien que “conduce”, que “administra” la posesión de la pelota. Esta solución, sin embargo, requiere de volantes que tengan la característica de ser mixtos, es decir, que puedan quitar y pasar correctamente la bola. Quizás este sea el tipo de jugador del futuro. A pesar de lo que he dicho y en lo que a mí concierne, prefiero jugar con un 10.

—¿Por qué? —le pregunté movido por la curiosidad.

—Porque el fútbol se hace menos dramático cuando lo ejecutan los que saben. Además, es un deporte que para mí, en esencia, apela o debiera apelar a un espíritu creativo, y el 10 es el jugador creativo por excelencia. Un buen

volante de creación aporta el arte, el ingenio, la perspicacia. Pone la gambeta, el enganche, el pase milimétrico. Hay muchos partidos que solo vale la pena ver por la forma en que juega el 10, como suele pasar con Pepinho. En este deporte todos quieren ganar, pero solo los mediocres no aspiran a la belleza.

—Sao Jacinto es un equipo que corre, que mete mucho, ¿es algo natural o usted les ha inculcado esa garra?

—Ambas cosas. Todo jugador, por el hecho de competir, debe apelar a un espíritu de combate, de lucha, pero este se ve reforzado si ve que su lucha tiene un sentido de victoria y que todos sus compañeros se esfuerzan por lo mismo. La lucha solo tiene sentido si se sabe por qué se pelea.

—¿Usted prefiere la lucha o el talento?

—Jovencito, usted formula una pregunta con conceptos que supone excluyentes; me da a elegir entre alternativas que no se eliminan entre sí, sino que se complementan. Permítame contarle un secreto: antes de entrar a la cancha, yo siempre les digo a mis jugadores que intenten crear, porque la creación es una virtud del talento, en tanto que correr, solo es una propiedad de la voluntad. La voluntad y

el talento son cosas distintas, pero son complementarias. Correr es algo que está al alcance de cualquiera. Crear, en cambio, solo está al alcance de unos pocos.

—Una vez me dijo que no le asustaba perder sino que jugar mal. ¿Le asusta realmente el fracaso?

—Mi pequeño amigo, el fracaso es un crisol en el que se forjan los grandes espíritus. El éxito siempre te entrega una imagen deformada de ti mismo, te estimula el amor propio, te mueve al egoísmo. En cambio, el fracaso te pule, te forma, te acerca a tus convicciones, te ayuda a discernir entre lo profundo y lo superficial de ti mismo. Mientras el éxito te deforma, el fracaso te educa. Eso si eres alguien con la suficiente inteligencia y calma para aprender. Hay personas que no están hechas para ninguna de las dos cosas y, sencillamente, son tontas. Es triste decirlo, pero es así.

—¿Qué opina de Carlos Boa Morte?

—Un consejo, muchacho: aunque pienses que tu jefe es un idiota, nunca opines de él públicamente, te puede costar el trabajo y tres años de mala suerte.

—¿Ganan el campeonato contra Deportivo Portuguesa?

—Para eso hemos entrenado. Si no lo hacemos, vendrán otros. El fútbol ofrece revanchas. Además, hay muchas formas de perder un partido. La más estúpida de todas es por haber subestimado al enemigo.

—Su definición de un genio.

—Alguien brillante en una cosa, un idiota en todo el resto.

—En el fútbol, ¿qué prefiere: ¿la tradición o la vanguardia?

—La vanguardia es renovar la tradición, en todo ámbito de cosas.

—Por último, ¿Pepinho es voluntad o es talento?

—¡Ah! —dijo él dejando escapar un suspiro—. Pepinho es un milagro, algo que ocurrirá solo una vez en este mundo.

## 10 Juego sucio

—... **Y** se fue directo al fondo de la malla. Debiste ver por donde entró, ¡en el ángulo! —dijo Pedro sonriendo al tiempo que dibujaba con sus manos el lugar por donde había pasado la bola—. El arquero de Botafogo alcanzó a rozarla pero no pudo evitar que entrara, ¡quedó abrazado al palo como un borracho! —agregó riéndose a carcajadas.

—A mí me dolía tanto el estómago con los nervios que ni siquiera pude celebrarlo —dije yo.

—¡Me tenía abrazado como si fuera su nena! —se burló Pedro.

—Debiste ver la cara de la gente de Botafogo cuando anotaste el tercer gol —le dije a Pepinho—, se quedaron como una piedra. Nunca pensaron que les íbamos a ganar el partido en su propia casa.

—¿En qué piensas? —le preguntó Pedro con curiosidad.

Pepinho nos escuchaba y sonreía, pero era obvio que no nos estaba poniendo atención. Su mente estaba en otra parte. Se entretenía revolviendo el fondo del agua con una varilla.

—¿Piensas en Berta? —le pregunté yo.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué carajo te pasa?, ¿te comieron la lengua los ratones? ¡Eres el tipo del momento en Río de Janeiro y estás como si el partido lo hubiese ganado Botafogo! —exclamó Pedro.

—Te enamoraste de otra —dije yo.

—Berta se enamoró de mí —sugirió Pedro.

—Te lesionaste —lo presioné.

—Te diste cuenta de que te gustan los chicos —arriesgó Pedro.

—Ya basta —cortó Pepinho poniéndose de pie.

—¿Pero qué pasa? —le pregunté—, es evidente que algo no anda bien contigo. ¿Tienes un problema con alguien?, ¿con Boa Morte, por ejemplo?

La cara de Pepinho se puso mortalmente seria. Así que ese era el problema.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

—¿Qué te hizo? —preguntó Pedro.

Pepinho movió la cabeza y volvió a sen-

tarse. Cogió la varilla y volvió a hundirla en el agua.

—Es que no me quiere pagar el dinero que me prometió por ganarle a Botafogo, ni me quiere pagar lo que acordamos si ganábamos el campeonato.

—Boa Morte, Boa Morte... —dije yo—. Ese tipo es un gánster, nunca debiste haber hecho negocios con él. ¿Qué te dijo sobre el contrato que firmaron?

—Es que ese es el problema —respondió un apesadumbrado Pepinho—, dice que no hay contrato, que lo que firmé es un documento que lo exime de pagarme un monto fijo de dinero, y que no lo responsabiliza si acaso me lesiono.

—No me extrañaría nada —dijo Pedro.

—¿Has hablado con alguien de esto? —le pregunté. Él negó con la cabeza—. Mejor así, deja que Pedro y yo nos encarguemos y veremos qué pasa.

Pedro me miró y avanzó hacia mí.

—¿Pedro y yo?, habla por ti, investigador privado, yo con gánsteres no me meto. No quiero aparecer muerto en un basural.

—Nadie morirá —dije poniéndome de pie—, lo que haremos será ir a ver a Boa Mor-

te a su oficina y hacerle una pequeña entrevista para el diario de la escuela.

—¡No, no! —dijo alarmado Pepinho—, si le preguntan algo sabrá que hablé con ustedes y...

—¿Y qué? —le pregunté, entendiendo de golpe lo que pasaba—, ese gánster te amenazó, ¿no es así? Por eso no querías hablar.

Pepinho se puso a llorar. Pedro y yo nos miramos. Al parecer, era una situación grave. Consolamos a nuestro amigo y le invitamos un refresco. Le juramos que nunca hablaríamos con nadie y que no haríamos ninguna entrevista. Una hora más tarde, cuando nos separamos, Pedro y yo regresamos al Jardín Botánico a pensar en un plan.

Lo que sacamos en concreto de nuestra conversación era que necesitábamos robar ese contrato para saber de una vez por todas qué había firmado Pepinho. La pregunta era cómo íbamos a hacerlo. Lo único que se nos ocurrió fue que tendríamos que visitar a Boa Morte bajo la excusa de que lo entrevistaríamos para el diario del colegio. En ese momento, de alguna manera, trataríamos de robar el documento. Pepinho jamás debería enterarse.

Acordamos que debíamos actuar lo más pronto posible.

Al día siguiente no fuimos a la escuela. Nos apostamos afuera de la oficina de Boa Morte y lo esperamos durante varias horas para hacerle la entrevista. Hablamos con su secretaria, una morocha muy simpática, pero no pudo concertarnos una cita pues su jefe era de horarios y actividades caprichosas. El primer día que lo esperamos, nos acercamos a él y le explicamos que queríamos entrevistarle para el diario del colegio, pero Boa Morte nos apartó haciendo un gesto con su mano y diciendo:

—Ahora no, tengo negocios que atender. Su actitud no fue precisamente amable.

Al día siguiente también faltamos a la escuela. Le hicimos guardia a Boa Morte y lo vimos llegar a sus oficinas cerca de las dos de la tarde. Pensamos en acercarnos nuevamente, pero su comportamiento del día anterior nos cohibió. Estábamos por entrar a rogarle a la secretaria que nos concertara una cita, cuando vimos que uno de los taxis de Boa Morte se estacionaba en la calle y desde él descendía un hombre con un maletín negro. Era don José

Vasconcellos, el presidente del Deportivo Portuguesa y uno de los tres candidatos a la alcaldía de Río de Janeiro, cosa que nos pareció extremadamente sospechosa puesto que nuestros equipos se enfrentaban en el último partido del campeonato. Vasconcellos estaba solo e iba vestido con un sombrero y gafas oscuras, como si no quisiera que lo reconocieran. Pedro y yo nos escondimos tras unas plantas y sin que la secretaria nos viera, entramos por el estacionamiento y nos pusimos debajo de la ventana de la oficina privada de Boa Morte. Para nuestra sorpresa y alivio, ninguno de sus hombres estaba por ahí. Montados en unos ladrillos y muy cuidadosamente, pudimos espiar la reunión. Vimos a ambos sentados frente al escritorio. Se habían servido un trago y fumaban habanos. Estaban hablando de negocios.

—El negocio del transporte público cada vez será más rentable —le dijo Boa Morte a Vasconcellos reclinándose en su escritorio y dejando escapar grandes nubes de humo desde su boca—. La ciudad crece, los barrios nuevos se multiplican. ¿Sabe usted lo que eso significa?

—Que surgirán nuevas líneas de recorrido. Se abrirán nuevas licitaciones —dijo Vasconcellos cruzándose de piernas en su asiento.

—Exacto, se vienen muy buenos negocios —agregó Boa Morte pasándose los dedos por su chaplinesco bigote.

—¿Y cuáles son sus planes concretamente?, ¿por qué me pidió que viniera en secreto a su oficina? —preguntó Vasconcellos.

—Porque tengo una propuesta que hacerle, y que creo que usted no podrá rechazar —le respondió inclinándose sobre el escritorio.

—Lo escucho —dijo Vasconcellos.

Durante algunos segundos, la oficina se quedó en silencio y solo se oía el ruido de un ventilador girando en el cielo raso. Boa Morte estaba indeciso, pero al final se lanzó.

—Pienso financiar su campaña para que vuestra merced gane la alcaldía de la ciudad —le dijo—. Usted quiere ser alcalde, yo quiero ser millonario, y ambos podríamos ayudarnos un poco, ¿no lo cree?

Vasconcellos miró la punta de su habano, viendo cómo la brasa iba quemando lentamente el tabaco.

—Continúe.

—Es muy fácil, señor Vasconcellos —dijo Boa Morte cruzando los dedos sobre su pecho y moviéndolos nerviosamente—. Nuestros equipos juegan el último partido, ¿no es cier-

to? Pues bien, ustedes no tienen nada que ganar, en tanto que nosotros necesitamos tan solo empatar y seremos campeones. Las apuestas están a nuestro favor y pagan 10 a 1 a que gana Deportivo Portuguesa, su equipo. Eso quiere decir que si apuesto todo lo que tengo a ustedes, hasta el último centavo, y milagrosamente ganan, lo multiplicaré por 10. Pues bien —dijo descruzando los dedos y volviendo a inclinarse sobre su escritorio—, pienso apostar cien mil réis al Deportivo Portuguesa y pienso hacer que gane Portuguesa, así que espero ganar un millón. Y con un millón podré comprar muchos taxis y ganar las licitaciones municipales si usted es el alcalde, ¿me entiende ahora?

Vasconcellos dejó de fumar. Se puso de pie y se paseó por la oficina observando algunos cuadros. Se acercó a la ventana, por lo que Pedro y yo debimos arrodillarnos. Temimos que se asomara y que nos viera. Ese sería nuestro fin.

—Déjeme ver si entendí bien —dijo Vasconcellos—, usted tiene un equipo que está a punto de ser campeón, ¿no es así?

—Así es —afirmó Boa Morte.

—Y pese a eso, usted prefiere perder el campeonato para ganar dinero en las apuestas, ¿no es así?

—Así es.

—Y con ese dinero piensa financiar mi campaña y comprar nuevas máquinas para su empresa, ¿no es así?

—Así es.

—Y una vez que yo sea alcalde, si es que lo soy, usted quiere que le permita ganar las licitaciones para los nuevos recorridos de la ciudad, ¿no es así?

—Yo no lo podría haber explicado mejor, don José —dijo Boa Morte.

—Es usted un cerdo —concluyó Vasconcellos moviéndose de la ventana y regresando sobre sus pasos a su asiento.

Pedro y yo respiramos aliviados. En el interior de la oficina se volvió a escuchar un incómodo silencio.

—¿Pero sabe algo? —agregó el propio Vasconcellos—. Me gusta su estilo.

Boa Morte, que seguramente se había quedado congelado, soltó una carcajada y volvió a hacer sonar los hielos de su copa.

—Hay gente que lo llamaría traición, des-

lealtad, etcétera —dijo Boa Morte aflojándose el cuello de la camisa—. Yo le llamo: una oportunidad de negocios, una visión de futuro.

—Hombres así son los que han escrito la historia —afirmó Vasconcellos—, la masa en realidad es tonta y desmemoriada, no conocen su historia. Jamás se olvide de esto que le digo. Cuando estalla un escándalo, lo olvidan a la semana siguiente y ya está, nadie pensará en nosotros como un par de especuladores.

—Así es, ¿tenemos un negocio entonces?

—Lo tenemos —respondió Vasconcellos—, pero entenderá que no confío en usted. Exijo un documento secreto, de igual tenor para ambos, en el cual usted comprometa su apoyo a mi candidatura. Si usted no lo hace, sacaré esto a la luz pública y lo dejaré como culpable.

—Arruinaría mis negocios por un tiempo —comentó Boa Morte socarronamente—, pero usted ¿me dará esas licitaciones cuando sea alcalde?

—Empresas de Locomoción Boa Morte —repuso Vasconcellos dibujando un letrero con sus manos—, es la mejor opción para el transporte.

Ambos se rieron a carcajadas.

—Entiendo todo —dijo Vasconcellos—, pero dígame una cosa: ¿cómo ganaremos el partido si ustedes tienen a Pepinho?

—Eso déjemelo a mí —le respondió Boa Morte—. Antes de que el partido se juegue, nuestra estrella sufrirá un pequeño accidente. El resto lo hará el árbitro, a quien le ofreceré una tajada que no podrá rechazar.

—¿Está usted seguro?

—Señor Vasconcellos, ¿ha visto a un millonario que se dedique al arbitraje? Los árbitros, en su gran mayoría, son de estratos sociales muy parecidos al de los jugadores. Son gente a la que no les sobra precisamente el dinero y que deben soportar los insultos y los egos malcriados de jugadores que se creen estrellas. Es un trabajo espantoso. Si llega alguien y les pone sobre la mesa una fuerte suma de dinero ¿podrán rechazarla? Puede que algunos sí, pero la gran mayoría, créame, elige el dinero.

—¿Y si no acepta?

—Bueno, en tal caso tengo otros métodos que nunca fallan.

Sus risas diabólicas volvieron a retumbar por la oficina.

—Siendo así las cosas —concluyó Vasconcellos—, me parece una perfecta idea.

Se pusieron de pie y se dieron la mano. Vasconcellos tomó su sombrero y se lo puso. Antes de salir de la oficina, dio media vuelta y le dijo a Boa Morte:

—Mañana enviaré a mi secretaria con ese documento. Descuide, es alguien de confianza. ¡Ah!, hay algo más, señor Boa Morte, se me acaba de ocurrir una última cosa.

—Usted dirá, don José.

—Seguramente, los periodistas vendrán y nos harán algunas preguntas, usted se imagina, ¿no?

—Ya lo creo, seguramente así será.

—Pues sería bueno que tengamos una pequeña pelea pública, usted sabe, para guardar las apariencias.

—Entiendo perfectamente.

—La gente nos verá pelear en los medios, haremos un poco de circo, y nadie sospechará sobre nuestros negocios. Es lo que en política llamamos “estrategia comunicacional”, ¿qué me dice?

—Veo que usted es más perverso que yo —afirmó Boa Morte extendiendo una sonrisa de placer sobre su cara—. Ahora entiendo por

qué yo soy un simple negociante, y usted es el político.

—Y futuro alcalde —agregó Vasconcellos.

—Pues yo conozco a un amigo que es periodista en la *Gazzeta Sportiva*, él hará un buen trabajo escribiendo un artículo, deje eso en mis manos, señor... alcalde.

Rieron a carcajadas, y se despidieron. Vasconcellos salió de la oficina, se puso las gafas y abordó nuevamente el taxi que lo esperaba en la calle. Boa Morte, en tanto, se sirvió otro trago y comenzó a pasearse por la oficina. Abrió el cajón de un mueble que estaba a un costado de la puerta y sacó una carpeta. Volvió a su sillón y se sentó en él cruzando los pies sobre el escritorio. Sonreía mientras la abría y sacando un documento dijo:

—Lamento hacer esto, Pepinho, pero vamos a tener que usar la última cláusula de tu contrato, la que me indemniza en caso de que tengas un accidente. Uno con riesgo de vida.

Boa Morte se rio a carcajadas y su risa de hiena retumbó por las paredes de la oficina y salió por la ventana hacia el estacionamiento, donde se perdió en el aire, mientras Pedro y yo salíamos corriendo en busca de nuestro amigo.

## 11 Jugando a la defensiva

—**D**ebemos dar aviso a la policía —dijo Pedro mientras corríamos cerro abajo en dirección al Jardín Botánico.

—Ni locos —contesté.

—¿Y por qué no? —me preguntó él.

—Hay tres razones por las que no podemos hacer eso. Primero: no tenemos pruebas, y sin pruebas no hay delito, ¿entiendes? En segundo lugar, no nos creerían nada, y si lo hicieran, el fiscal echaría todo a perder. Los fiscales solo quieren cámaras, aparecer en las portadas de los diarios para alcanzar puestos de mayor poder, nos expondría demasiado y luego nos dejaría a merced de la furia de Boa Morte. En tercer lugar, ¿que no sabes que la policía de Río es una de las más corruptas del mundo? Nadie nos garantiza que ellos no trabajen para Vasconcellos o para el mismo Boa Morte.

—Tienes razón, pero entonces ¿qué hacemos? No podremos esconder a Pepinho todo el tiempo.

—Tengo una mejor idea —le dije—, pero déjame pensar un poco. Si hacemos bien las cosas, podemos ganarle este partido a Boa Morte y Vasconcellos. Necesito estar solo un rato, así podré aclarar mis ideas.

—¿Meternos con Boa Morte y Vasconcellos? ¿Estás *maluco*? —preguntó Pedro deteniéndose a tomar aire—. Esa gente es muy peligrosa, podríamos terminar de alimento de pirañas en el río Amazonas.

—Escúchame, Pedro —le dije intentando tranquilizarlo—, tenemos una ventaja determinante sobre Boa Morte, y es que él no sabe que nosotros sabemos, ¿entiendes? Él piensa que podrá ejecutar su plan sin contratiempos, y esa confianza la usaremos para darle un golpe sin que él se lo espere.

—¿Sí? Pues señor genio, dime cómo lo haremos.

—¿Sabes cómo lo haremos? —le dije de lo más ufano—. Con ingenio. No te olvides que David venció a Goliat solo con ingenio. Y con una piedra, por supuesto.

—Esos son cuentos de hadas, no pasa en la realidad.

—Goliat subestimó a David, la confianza fue su perdición. Ellos tendrán las armas, pero nosotros la mente; que no se te olvide, amigo.

—¿Qué crees que intenten hacerle a Pepinho? —me preguntó Pedro.

—No lo sé —le respondí—, quizás traten de romperle las piernas, tal vez simplemente lo secuestren y lo liberen después del partido.

Necesitábamos encontrar a Pepinho antes que ellos. Buscamos en el Jardín Botánico, cerca de la laguna, recorrimos la playa y nada. Finalmente, lo encontramos con Berta en la calle, frente a Copacabana. Iban de la mano. Ay, el amor tenía ciego a nuestro amigo.

—Pepinho, necesitamos hablar seriamente —le dije.

—Muchachos, sé que debía reunirme con ustedes para conversar, pero Berta y yo...

—¡Nada de "peros"! —Lo enfrenté ya francamente encabronado—. Si hay algo que odio más que la sopa de algas, son las personas que dicen "pero".

—¿Pero... pero qué te pasa, Roberto?  
—preguntó él.

—Escúchame bien, Pepinho. Tu vida corre peligro, necesitamos irnos de aquí —afirmé mirando hacia ambos lados de la calle, sospechando que alguien nos estaba siguiendo.

Berta abrió los ojos del porte de un plato.

—¿La vida de "cachorrito"? —preguntó ella apretándose contra su brazo—, ¿de qué están hablando?

—¿Cachorrito? —le dije sarcásticamente—. Escucha, Berta, esto no te incumbe en lo más mínimo, será mejor que te vayas y dejes de ver a Pepinho por un tiempo.

—Oye, Roberto, a mi mulata me la respetas, tigre.

Miré a Pepinho con una cara de furia que pude haberlo dejado de piedra. Lo tomé del brazo y lo aparté varios metros de ahí.

—Óyeme bien, so burro. —Mastiqué mis palabras, conteniéndome para no gritarle—. Pedro y yo acabamos de estar en la oficina de Boa Morte y lo escuchamos hablar de negocios con José Vasconcellos, el candidato a alcalde y presidente del Deportivo Portuguesa. Acaban de arreglar el último partido para que Sao Jacinto pierda y Boa Morte se

haga millonario con las apuestas.

Pepinho me miraba como si yo fuera un japonés recitándole un trabalenguas. No entendía un carajo.

—¿Fuiste a hablar con Boa Morte? Entonces me traicionaste —me dijo alejándose dos pasos.

—Nadie te traicionó, simplemente fuimos a su oficina y escuchamos la conversación, pero nunca hablamos con él.

—¿Pero cómo? ¿Boa Morte prefiere que perdamos? —preguntó Pepinho confundido.

—Escúchame bien —le ordené respirando profundo y tratando de aclarar mis ideas—. Boa Morte apostará cien mil réis en contra de su propio equipo. Las apuestas pagan 10 a 1 a que gana Deportivo Portuguesa, ¡el tipo se hará millonario!, ¿que no lo entiendes? Una vez rico, financiará la campaña a alcalde de Vasconcellos y cuando este haya logrado la alcaldía, le devolverá el favor vendiéndole las nuevas licitaciones de la locomoción de Río. Es todo un negocio, ¿lo entiendes ahora?

—No puede ser —dijo Pepinho sentándose en una banca—, teníamos un contrato con Boa Morte, él me engañó.

—¡Ese contrato es un fraude! —le grité—,

es más, ese documento tiene una cláusula que lo indemniza en caso de que tú no puedas jugar, de que te ocurra un accidente, y eso es lo que él hará, ¡te romperán las piernas, Pepinho! Así no podrás jugar el partido final.

—Pero Boa Morte me dijo que el contrato aseguraba mi futuro, que yo ganaría mucho dinero si éramos campeones.

—Y dale con que es primavera —dije yo—. Pepinho, lamento decirte que no eres más que una coartada para un gran, gran negocio. El árbitro será comprado, tú no jugarás el partido, Sao Jacinto perderá el campeonato y el único que saldrá ganando es Boa Morte.

Estaba terminando de hablarle cuando Pedro me gritó que por la calle veía uno de los autos de Boa Morte. Dos de sus hombres iban en él.

—¡Escondámonos! —le grité.

Tomé a Pepinho del brazo y lo empujé tras unos arbustos y luego me arrojé sobre él. El automóvil cruzó lentamente delante de nosotros. Se detuvieron junto a Pedro y Berta, que estaban sentados bajo una palmera, esperándonos.

—¡Hey, niña! —oí que le gritaron a Ber-

ta—, ¿has visto a tu noviecito, Pepinho? Necesitamos hablar con él.

Vi que Berta tartamudeaba y movía la cabeza sin atinar a decir nada. Entonces, afortunadamente, Pedro arregló las cosas.

—No lo hemos visto, quedamos de juntarnos hace dos horas, pero no apareció —les mintió.

—Cuando lo veas —le hablaron a Berta—, quiero que le digas que vaya a la oficina de don Carlos, el jefe tiene un regalo para él —dijeron sonriendo, y luego se marcharon.

—¿Lo viste? —le pregunté—, te están buscando para darte frijoles. Y si todavía no me crees, escúchame bien lo que te voy a decir: en unos días más, Boa Morte y Vasconcellos aparecerán en las portadas de los diarios teniendo una discusión pública, será una estrategia para disimular sus negocios; debemos esconderte por unos días.

—¿Y adónde iré? No tengo un lugar donde esconderme.

—Te esconderás en mi casa —le respondí.

—¿Y después qué? Boa Morte me buscará para matarme.

—No si le arruinamos los planes.

—¿Qué tienes en mente?

—Ya verás —le dije—, lo liquidaremos de contragolpe.

Cuando lo vieron aparecer conmigo, mis padres pusieron rostros serios. Fueron diplomáticamente amables con Pepinho, pero a mí me llevaron a mi cuarto y me encerraron a conversar con ellos.

—Ayer fui a la escuela y no estabas. Me dijeron que no habías ido en dos días y mentiste diciendo que nosotros te habíamos autorizado. ¿En dónde estuviste? —me dijo enojadísima Antonia, mi madre.

Tenía ganas de que me tragara la tierra. ¿Qué iba a responderles? Solo había una cosa que podía decirles para no seguir empeorándolo todo: la verdad. O casi la verdad. En realidad no iba a mentirles, solo omitiría algo de información. A grandes rasgos, les expliqué que estaba dirigiendo una investigación sobre el negocio tras el fichaje de jugadores jóvenes, como era el caso de Pepinho. También les dije que había tenido que pasar más tiempo del previsto en la cancha de Sao Jacinto, lugar donde se estaba produciendo la noticia. Naturalmente, no mencioné ni de lejos el

nombre de Carlos Boa Morte. Antonia se enfadó conmigo y dijo que pensaría en un castigo. Antes de que se fueran, me lancé a ejecutar mi plan.

—Pepinho no tiene dónde dormir, ¿podemos alojarlo aquí? —les pregunté.

—No creo que sea buena idea —dijo mi padre—, ese niño debe tener una familia, no puede ser que ande por ahí como un vagabundo. Ahora que se está haciendo famoso, puede comprarse una casa.

—No tiene dinero —les conté— y se siente enfermo.

—Si está enfermo, no podrá jugar el último partido del campeonato. Vendrán médicos a buscarlo a la casa, algo tendrán que hacer, ¿no? —comentó Antonia.

—Imposible —contesté—, el club no se hará responsable de Pepinho, no tiene contrato y esto todavía no es profesional. Lo dejaron abandonado a su suerte.

Mis padres se miraron sin terminar de creermelo. Dudaban si dejarlo o no. Pedro y Pepinho estaban en la cocina, tomando un refresco y esperando que yo pudiera resolver el problema.

—¿Hasta cuándo se quedará? —preguntó mi papá.

—Hasta el lunes —respondí—. El domingo se juega el partido final y después de eso ya podrá irse.

—Todo esto me parece muy raro —dijo él—, pero accederemos solo por ayudar a ese niño, ¿está bien?

—Está bien —contesté.

Estaba por salir detrás de mi madre para ir a la cocina, cuando mi padre me tomó del brazo y volvió a meterme al dormitorio.

—Oye —me dijo—, no soy tu padre por habérmelo ganado en una lotería. No me tomes por un tonto. Ahora, quiero que te sientes aquí y me cuentes toda la verdad.

Tragué saliva. Tenía que hablar, y no sabía si iba a estar muy contento después de decirle lo que tenía que decirle.

## 12 *Su majestad el contragolpe*

**D**urante toda la semana, los hombres de Boa Morte se pasearon de arriba abajo por el barrio de Tijuca. No podían creer que a Pepinho se lo hubiese tragado la tierra. Pedro y yo seguimos asistiendo a los entrenamientos de Sao Jacinto y solíamos ver a Boa Morte entrar y salir del estadio vuelto una furia. Todos los días se acercaba a Da Silva y le preguntaba si Pepinho había llegado a entrenar. Este se encogía de hombros y le decía la verdad: no tenía ni la menor idea de dónde estaba el *crack*. Boa Morte se tomaba la cabeza y se deshacía en mil preguntas. Seguramente, temía que de alguna manera sus planes se hubiesen filtrado. Un día nos acercamos al camarín y escuchamos que les preguntaba a los jugadores qué sabían de Pepinho. Nadie sabía nada.

—Tal vez el muchacho se fue, abandonó el club —dijo Roque con su voz de negro triste.

—Imposible —decía Dalton—, el chico no se iría en el momento de gloria, el fin de semana seremos campeones.

La verdad es que nadie entendía nada. La policía daba vueltas por Tijuca mostrando la fotografía de Pepinho y preguntando si acaso alguien lo había visto. Lo buscaron en los basurales, en las playas, en el Jardín Botánico. Comenzaron a circular rumores de que una mafia lo había secuestrado y estaría pidiendo una recompensa por su cabeza. Todo el mundo tenía una versión distinta. La *Gazzeta Sportiva* tituló: "Misteriosa desaparición de Pepinho". En las páginas interiores, Boa Morte y Vasconcellos intercambiaban algunas duras opiniones respecto a sus roles en los equipos. Boa Morte decía: "Vasconcellos es un mal ejemplo para el fútbol, se aprovecha de Deportivo Portuguesa para alimentar su carrera política". Vasconcellos respondía: "Pienso que Carlos Boa Morte está mezclando sus negocios con el fútbol, me parece inadmisibles que pretenda enriquecerse a costa del deporte". De Pepinho se decía que no se había presentado a entrenar y que se desconocía su real paradero. Eso sí, intentaban aquietar las aguas de los rumores poniendo en entredicho toda versión de presunta desgracia.

No había mafia. No había secuestro. Su cuerpo no estaba en ningún basural de Río. Boa Morte aportaba lo suyo intentando dar una explicación más o menos coherente: "Según tengo entendido, el *crack* tiene un familiar en Porto Alegre que enfermó repentinamente, pero volverá el día del partido. Los *torcedores* pueden estar tranquilos. ¡Que todo el mundo haga sus apuestas!". Firmaba la noticia, el periodista Joao Gilberto Parreira. Me sentí profundamente decepcionado, casi diría que desmoralizado. ¿En quién podía confiar? ¿A quién tenía que creerle? Farsantes. Estaban haciendo su juego en los medios y Boa Morte garantizaba la presencia de Pepinho en el último partido para que no se vieran resentidos sus planes.

El viernes por la tarde, Boa Morte y dos de sus gánsteres se estacionaron afuera de la escuela. Supe que venían por la única persona que podía decirles algo y echar por tierra nuestros planes. Fui corriendo a su salón y pedí hablar con Berta. Una vez en el pasillo, le dije la verdad:

—Boa Morte está estacionado en la calle. Viene a hablar contigo.

Berta se puso pálida y comenzó a temblar como una gelatina.

—Le diré todo —flaqueó antes de que alguien amagara siquiera apretarle el cuello—, le diré que tú sabes dónde está Pepinho.

Se me puso la piel de gallina. Traté de conservar la calma y de ser lo más elocuente posible. Si no lograba convencerla, estaba todo perdido.

—Escucha, si hablas, lo único que conseguirás será matar a Pepinho. ¿Sabes lo que Boa Morte hará cuando lo encuentre? Le dará un tiro en la nuca y lo tirará a un basurero.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿que lo reciba yo? —preguntó Berta al borde de las lágrimas.

—Escúchame —respondí tomándola del brazo—, lo único que tienes que hacer es negarlo. Negarlo y decir que no sabes nada, que no lo has visto, que no ha hablado contigo, ¿me entiendes? No des nombres de nadie. Lo único que tienes que repetir es esto: no sé NADA, no lo he visto, no sé quién podría saber.

—¿Y si me secuestran, si me torturan?

—Eso no pasará. Si hubiese querido hacerlo, no habría venido. Él no sospecha nada de ti. Sabe que sales con Pepinho, pero no te ve como un obstáculo en sus planes, créeme.

Berta trató de calmarse. Cuando salimos de clases, los dos tipos del auto se acercaron a ella y le hablaron en mitad de la calle. Pedro y yo nos quedamos mirando desde el interior de la escuela. Nuevamente, comencé a sentir ese dolor en el estómago.

—¿Qué haremos si habla? —me preguntó Pedro.

—No hablará —dije yo.

Vimos a Berta negar moviendo la cabeza de un lado a otro. Los tipos le seguían hablando. Ella volvía a mover la cabeza. Uno de ellos levantó la mano derecha y le mostró los dedos índice y pulgar extendidos, como dibujando una pistola. Se la apoyó en la cabeza a Berta y simuló un disparo. Luego, ambos matones se rieron y entraron al auto. Berta se quedó congelada, tesa y fría como una estatua de hielo. Pedro y yo nos acercamos a ella, estaba llorando.

—No les dije nada —nos aseguró enjugándose las lágrimas—, espero que sepan lo que hacen.

Luego cogió su bolso y se fue. Pedro y yo nos quedamos mirando. No sabíamos qué hacer. Entonces vi que Rosa Gracia venía sola, cruzando la calle, directo hacia mí. Tragué saliva.

De nuevo el dolor en el estómago.

—¿Qué le hiciste a mi hermana? —me preguntó.

—Te... te... te, te juro que nada —le respondí sin poder controlar mi mandíbula inferior.

—Ella anda muy nerviosa, ayer hablamos y dijo que tú tenías la culpa de todo.

La sangre caliente se me agolpó en las mejillas. Debí verme ridículamente nervioso.

—No sé de qué habla, yo solo escribo crónicas para el diario del colegio.

—¿Tiene algo que ver con Pepinho?

—Pepinho desapareció —le conté—. Berta era su novia y quizás por eso ella...

—Mientes —afirmó Rosa. Su seriedad y frialdad erizaban los pelos—. Hay algo que estás ocultando, lo sé, y me gustaría que me lo dijeras. Estaré esperando que hables conmigo y seas sincero.

Rosa Gracia se dio media vuelta y volvió a la puerta de la escuela, donde la esperaba el zopenco de Zezé. Pedro tuvo que sacudirme para que saliera de mi estupor.

—¿Viste eso? —le pregunté—, ella quiere que hablemos.

—Oye Roberto, ¿qué crees que fue eso?,

¿que vino a declararte su amor? ¡Despierta, amigo! Esa mujer casi te mata con la mirada, estaba hecha una loba.

—Tal vez es su manera de buscarme —le dije mientras empezábamos a caminar rumbo a mi casa.

—Deja de fantasear, ¿es que no puedes ver lo evidente? ¡Ay, Dios! Cómo nos vuelve ciegos el amor.

—Pasado mañana es el partido final —le comenté a Pedro—, esta pesadilla acabará pronto, entonces hablaré con ella.

—Mejor camina rápido —dijo Pedro tomándome del brazo, súbitamente alarmado y apurando el tranco—, el auto de Boa Morte nos está siguiendo.

Me di vuelta y ahí venía, muy despacio, justo atrás de nosotros. Me pareció que todo había llegado a su fin. Berta nos había delatado.

—¡Hey, niños!, ¿no quieren subirse? Puedo llevarlos a sus casas —nos dijo Boa Morte asomando la cabeza por la ventanilla.

—Gracias —le respondí sin mirarlo—, caminaremos.

—Tú eres el muchacho que escribe crónicas en el diario de la escuela, fuiste hace dos

días a mi oficina porque querías hacerme una entrevista, ¿lo recuerdas?

—Sí —contesté.

—Pues bien, aquí estoy. Sube al auto y podrás entrevistarme.

Miré a Pedro. Negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Gracias, pero ya no la necesito, entrevisté a otra persona.

—¿Sí? ¿A quién?

—A Valentino Da Silva —respondí.

—Ustedes son amigos de Pepinho —nos dijo cruzando el auto delante de nosotros—, quiero saber si lo han visto.

Era la hora de la verdad, debíamos mostrar sangre fría.

—No, no lo hemos visto, nadie sabe dónde está —afirmé.

Boa Morte nos miraba fijamente. Estaba esperando que nos quebráramos. Uno de sus gánsteres sacó disimuladamente una pistola por la ventanilla.

—Sería una pena tener que tirarlos a un basural —nos amenazó—, será mejor que si saben algo, lo digan.

—No sabemos nada, lo juro —le dije—. La última vez que vi a Pepinho fue en el partido

contra Botafogo. Juro que desde entonces, no sé dónde se metió.

—No... no... nosotros también lo estamos buscando —dijo Pedro tartamudeando.

Boa Morte nos miró fijamente. Luego, dibujó una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. Comenzó a reírse. Una risa de hiena, una risa de calavera que, absurdamente, me causó gracia. Parecía una caricatura, parecía amable, pero debajo de esa máscara había un hombre peligroso. Recordé la frase de Shakespeare que me enseñó mi profesor Marcio Joel: "Los villanos también pueden sonreír". Entonces supe que nos veía como a un par de ratitas temblorosas bajo su pesada garra. "Nos salvamos —pensé—, nos ha subestimado".

—Vámonos de aquí —le ordenó a su chofer entrando la cabeza en el auto y sin siquiera mirarnos. El automóvil se perdió cerro abajo.

Pepinho estaba en casa. Cuando lo vi sonriente, tendido en un sillón y hojeando una de mis historietas, me pregunté: "¿por qué lo estoy ayudando?, ¿por qué arriesgo mi vida por él?". No pude encontrar una respuesta precisa. Solo supe que si no lo hubiese ayudado cuando estaba en peligro, me habría

sentido culpable. Jorginho, mi padre, me miraba con cara de preocupación. Había sido lo correcto contarle toda la verdad. Era un peso que me había sacado de encima.

Cuando estábamos comiendo y mis padres ya se habían parado de la mesa, le pregunté a Pepinho si tenía algo de dinero ahorrado.

—Cuatro mil réis —respondió él.

—Quiero que me los des —le dije yo.

—¿Para qué? —preguntó.

—Es parte del plan, confía en mí.

Pepinho dudó. No se decidía a dármelos.

—¡Ya dame el dinero! —le grité enfadado.

Él me lo dio algo avergonzado. Terminé de comer, y después me encerré en mi pieza.

Por fin, el día del encuentro decisivo había llegado. El estadio estaba lleno a reventar. Las rejas cubiertas de lienzos apenas dejaban que el público viera a los jugadores. En un costado de la cancha, se encontraba la copa. Un rápido vistazo a la tribuna oficial me permitió ver algunos rostros ilustres: ahí estaba Joao Gilberto, libreta en mano y tomando apuntes. A un par de asientos y junto a una hermosa chica, vi a Marcio Joel, mi profesor. Me saludó levantándome el pulgar de su mano dere-

cha. Pude haberme acercado a conversar con él, pero decidí que no. Wanderley Boca Negra sudaba en su cabina con el micrófono en la mano. Separados por una fila de asientos y jugando su sucio juego de las apariencias se encontraban los presidentes de los clubes, José Vasconcellos y Carlos Boa Morte. Berta y sus amigas estaban algunas gradas más abajo. La cara del presidente de Sao Jacinto era de preocupación. Sus hombres se acercaban y cada cierto rato le hablaban al oído. Noté que, tal como lo había pensado, todas las entradas al estadio permanecían custodiadas por ellos; no querían encontrarse con la sorpresa de ver llegar a Pepinho y que les arruinara las apuestas. El desgraciado temía que alguien le diera un golpe, y no sabía desde dónde vendría. Era hora de echar a andar mi plan.

Le hice una señal a Pedro, quien estaba con mi padre junto a nuestro carro de refrescos, mi última ocurrencia. Lo empujaron y se dirigieron hacia un costado del camarín. Comenzaron a vender con tranquilidad, nadie los molestaba. Teníamos que dejar que el partido comenzara sin Pepinho en el campo, y era necesario que primero se cerrara la caja de las apuestas.

Cuando Sao Jacinto salió a la cancha, el estadio estalló en bengalas y papel picado. Los jugadores corrieron al centro y saludaron al público. Bastó que se despejara el humo para que todos notaran, con sorpresa y con espanto, que Pepinho no estaba entre los once titulares. Vi a mucha gente enmudecer y a otros correr a la reja tras la banca de Valentino para preguntarle a gritos por la estrella, al tiempo que lo insultaban y lo acusaban de traidor. El entrenador ni siquiera se dio vuelta a mirarlos, estaba cien por ciento concentrado en su trabajo. Otros pocos, que se encontraban cerca de la tribuna oficial y de las casetas de transmisión, le hacían señas a los periodistas, quienes se encogían de hombros dando a entender que no tenían la menor idea de lo que pasaba.

Comenzó el partido. Sin Pepinho en la cancha, era obvio que el juego del equipo no era el mismo. Yo miraba alternadamente la cancha y las tribunas. Las caras de Boa Morte, de Joao Gilberto, de Berta, de Wanderley Boca Negra, del público, de los apostadores, todos ellos eran rostros que expresaban vivencias distintas, eran caras de emociones internas, de tensión contenida. La de Boa Morte, sin embargo, cambiaba cada vez que uno de sus

hombres se acercaba y le decía algo al oído. Me daba la impresión de que, poco a poco, se iba sintiendo el dueño de la situación.

En la cancha, el partido era trabado y de poco brillo. Una lucha más que una puesta en escena. A los treinta minutos, el árbitro cobró un penal inexistente a favor de Deportivo Portuguesa. Finalmente, el tipo había aceptado la tajada de Boa Morte. El estadio enmudeció. Si una mosca hubiese volado sobre la cancha, habríamos podido oír su aleteo. El tiro lo ejecutó Lucio y a cobrar. Abajo y cruzado, como dictan los manuales. La cara de Boa Morte era inexpressiva. Vasconcellos, por su parte, se abrazó con sus amigos y festejó el gol con el alma. Todos los actores estaban en la escena, pero aún faltaba la aparición del convidado de piedra. Poco antes de que el primer tiempo terminara con la ventaja de la visita y se cerraran las apuestas, fui al carro de refrescos y empecé a echar a andar mi parte del plan.

—¿Cómo va todo, amigo? —le pregunté a Pedro.

—Muy bien, mi hermano, hemos vendido bastante, se nos debió ocurrir esto al inicio del campeonato —dijo rascándose la cabeza.

—Me refiero a nuestro plan, burro, ¿cómo

está tu "primo"? —pregunté dando el nombre clave que le habíamos asignado a Pepinho.

—En su casa, tranquilo y esperando —respondió Pedro a la contraseña.

—Muy bien, voy a la caja de apuestas. La cierran en el entretiem po y debo verificar algo.

—Roberto —me dijo mi padre cuando me iba—, ten cuidado, hijo.

Le levanté el pulgar y lo tranquilicé. Era bueno tenerlo de aliado, me sentía más tranquilo con él en mi equipo. Cuando llegué a la caja, curiosamente, la encontré casi vacía.

—Oiga, soy reportero de un diario escolar y estoy escribiendo una crónica del partido —le comenté al cajero—, ¿cómo van las apuestas? —le pregunté.

—Hierven, todo el mundo le ha apostado a Sao Jacinto. Si Deportivo Portuguesa gana, habrá una ola de suicidios en Río.

—¿Nadie le ha apostado al Portuguesa?

—Ahora que lo mencionas, vinieron unos ocho o diez sujetos durante el primer tiempo. Apostaron 10 mil cada uno al Portuguesa.

Era obvio que esos sujetos eran los gánsteres o amigos de Boa Morte. Sería muy sospe-

choso si apostaba cien mil *réis* de inmediato. Había dividido la suma para no levantar sospechas. Así que la apuesta ya estaba hecha: la mariposa había caído en la tela.

—Quiero apostar estos cuatro mil *réis* a Sao Jacinto —le dije.

El cajero puso cara de espanto.

—¿No eres demasiado joven para tener tanto dinero, jovencito?

—Son mis ahorros —le contesté— y algo que me dieron mis padres y mis abuelos, quisiera apostarlos antes de que cierre la caja.

El cajero me quedó mirando un instante, estaba dudando.

—Oiga —le dije—, ¿no le pareció raro que unos desconocidos apostaran tanto dinero a un equipo que iba a perdedor?

—Pues sí, es raro.

—Pues lo mío también lo parece, pero ¿cuánta gente hace apuestas que parecen raras? Si rechazara cada apuesta que parece sospechosa, no habría dinero en su caja —rematé.

El pobre tipo movió la cabeza, depositó el dinero y me dio la boleta.

—Sao Jacinto está perdiendo y no juega Pepinho, espero que tenga una buena estre-

lla, jovencito. De lo contrario, perderá mucho dinero.

—El azar favorece a las mentes privilegiadas —le respondí yo.

—¡Qué carajo! —me dijo él cuando estaba cerrando la caja—. La suerte es como la muerte, nunca sabes cuándo te llega.

Una vez hechas las apuestas, la segunda parte del plan consistía en que Pepinho saldría de su escondite y entraría inmediatamente a la cancha. Una vez ahí, todo el mundo lo vería y los hombres de Boa Morte ya no podrían tocarlo. Así fue como lo hicimos. Cuando los equipos volvían a la cancha, a una señal de Pedro, Pepinho salió del interior del carro de refrescos y corrió al túnel, donde se mezcló con sus compañeros. Para nuestra fortuna, nadie se dio cuenta. Cuando salió junto con ellos a la cancha, la *torcida* de Sao Jacinto recuperó el alma y volvieron a corear su nombre con una fuerza tan grande que el estadio completo temblaba. Yo miré la cara de Boa Morte cuando Pepinho se paró en el círculo central y saludó al público levantando el pulgar en señal de que estaba bien y de que jugaría el segundo tiempo: se había puesto tan pálido que parecía transparente.

Da Silva corrió a abrazarlo y ordenó inmediatamente el cambio por Zico, su reemplazante. Vasconcellos perdió la risa, se volteaba y miraba furioso a Boa Morte, quien estaba sentado en su sillón, pálido, aniquilado. De pronto, este se puso de pie e increpó a uno de sus hombres que solo atinaba a encogerse de hombros. Wanderley Boca Negra decía en su caseta:

—¡Como salido de la nada, como caído del cielo, cuando su equipo más lo necesitaba, apareció el *crack* de Sao Jacinto! Fue un misterio su desaparición durante toda la semana, y ahora aparece justo en medio de la cancha.

Así era como tenía que aparecer. Ahora, solo había que esperar a que jugara como un dios griego, y le diera el triunfo a su equipo.

Cuando inició el segundo tiempo, Sao Jacinto pareció una tromba, un huracán, un tren que no pedía permiso para pasar arrollando a su rival. Claro que aún quedaba un grave escollo que salvar para aspirar a ganar el partido. El árbitro no cobraba evidentes infracciones, cada pelota dividida iba para los jugadores de Deportivo Portuguesa. Cortaba el juego, impedía el ataque fluido de Pepinho y los suyos. A los diez minutos y de la manera más increíble y descarada, expulsó a Zé Carlos

por una infracción normal contra un jugador del Portuguesa. Los jugadores de Sao Jacinto, para mi preocupación, comenzaron a perder la calma, la concentración. En vez de dedicarse a jugar, muchos de ellos se enfrascaron en discusiones con el árbitro, quien en menos de quince minutos ya había expulsado a Zé Carlos y amonestado a Zambo, Diego Souza y Dalton. Según me pareció desde afuera, en cualquier minuto mandaba a otro más a los vestuarios. A los quince, un jugador de Deportivo Portuguesa, un negro de dos metros que de solo mirarlo daba miedo, se barrió por detrás y le dio una patada descomunal a Pepinho. Vi como este volaba por el aire con una expresión de dolor en su rostro. El árbitro levantó las manos y gritó: "¡Nada!, ¡nada!, ¡sigan jugando!". El estadio entero comenzó a perder la paciencia. A partir de esa jugada, ya nadie dudó de que el arbitraje estaba siendo parcial, y que su actitud era derechamente un robo. La multitud comenzó a descontrolarse. "Qué horror —pensé—, esto puede terminar en una tragedia". Nuevamente, tenía un mal presentimiento, y volví a sentir dolor en el estómago.

Pepinho se puso de pie rengueando. No podía apoyar el pie izquierdo en el suelo. Sin

embargo, y en un acto casi heroico, cinco minutos después recibió una bola y pudo meter un pase entre líneas para que Zambo apareciera descubierto por la banda derecha y definiera sobre la salida del arquero. Todo el estadio vio al árbitro dudar si validarlo o no. Después de unos segundos de incertidumbre y ante un hecho tan cabal, no le quedó más remedio que mostrar la argolla central. Uno a uno. La copa estaba entre nuestros dedos.

A los treinta comenzó un nuevo escándalo. Un delantero del Portuguesa remató de media distancia, la bola chocó en el palo y picó un metro dentro del campo de juego. Todo el estadio lo vio. El árbitro miró a su guardalíneas, este dudó un segundo, y luego salió corriendo hacia el centro del campo. El árbitro, increíblemente, lo validó. En ese momento fue cuando comenzaron a caer los primeros objetos a la cancha. La *torcida* ya estaba fuera de sus cabales. Lo peor, sin embargo, ocurrió dos minutos más tarde, cuando un jugador del Portuguesa centró y la pelota pareció irse por el fondo, a un costado del arco de Sao Jacinto. Tití, el delantero estelar de la visita, corrió hacia la bola y la detuvo con la mano antes de que esta saliera. Fue una jugada rapidísi-

ma, pero todo Sao Jacinto la vio y sus jugadores se quedaron estacados al piso levantando la mano acusando la infracción. Tití siguió la jugada, centró y uno de sus compañeros la empujó al fondo del arco. 3 a 1 pitó el árbitro. Entonces empezó la batalla campal. La *torcida* comenzó a romper las rejas y la policía tuvo que intervenir. Vi a muchos enardecidos, fuera de sus cabales, y a otros sentados y llorando, con la cabeza entre las manos. No podía ser verdad tanta injusticia. Nos estaban robando el partido en nuestra casa y el árbitro se excusaba diciendo: "¡No lo vi!, ¡no lo vi!". Todo el estadio lo había visto, menos él. "Esto llegó hasta aquí —pensé—, se acabó todo".

El encuentro cesó de jugarse durante diez minutos. La policía tuvo que contener a la multitud que estaba a un tris de provocar una estampida sobre la cancha. El árbitro, al parecer, quería terminarlo en ese mismo momento. Miraba compungido a la tribuna oficial como pidiendo un gesto, como si Boa Morte fuera una especie de emperador romano que debía mostrar su dedo pulgar hacia arriba o hacia abajo, pero Boa Morte estaba sentado y parecía de piedra. No celebraba, no reclamaba, su actitud era completamente indiferente. Desde su cabi-

na, Wanderley Boca Negra acusaba al árbitro de haber provocado el caos. Joao Gilberto ya no tomaba notas y había prendido un habano. Los jugadores de Sao Jacinto rodearon al juez y le dieron un ultimátum: o jugaban lo que restaba de partido, o lo iban a entregar a la multitud.

### 13 Pitazo final

**L**a *torcida* se detuvo justo al borde de la cancha. Los hinchas no entraron a ella y se quedaron a esperar que el árbitro jugara lo que restaba del encuentro. Una vez que se amainaron los ánimos, a esas alturas ya más que caldeados, el referí pitó el reinicio del juego y al minuto siguiente, por un roce absolutamente menor, expulsó a un jugador del Portuguesa. “Eso no era para que lo echara”, pensé. La falta contra Pepinho no había sido para expulsión, sino que derechamente para meter en la cárcel o en el manicomio al defensa del Portuguesa, pero ahora estaba tratando de compensar. Los jugadores del Deportivo intentaron reclamar, pero el juez se veía tan nervioso que los sacó a gritos y a empujones de su lado. Wanderley Boca Negra decía:

—Es una vergüenza lo que estamos viendo, vinimos a ver una fiesta y estamos presenciando el saqueo del árbitro. Esto debiera controlarlo

alguien, los árbitros hacen lo que quieren porque detrás de ellos hay mafias, apuestas y amenazas. Es una VERGÜENZA. Siento pena como brasileño por este triste espectáculo.

Boca Negra decía la verdad. Pero en medio de esa olla a presión, nadie lo escuchaba. Era como un profeta predicando en el desierto.

En la cancha, mientras tanto, el Portugués optó por meterse en el arco. Los diez jugadores que estaban en el campo, se colgaron del travesaño como murciélagos. El tiempo pasaba y los remates de Zambo, Diego Souza, Roque, Dalton, Pepinho y compañía, eran sacados en la línea, chocaban en el travesaño, pasaban rascando la pintura de los palos. En el minuto cuarenta y siete, con un tobillo hecho añicos, Pepinho remató desde treinta metros, con efecto por fuera de los defensores, y la pelota se clavó en un ángulo. La *torcida* estalló. 3 a 2. Parecía que el milagro era posible. Al minuto siguiente, el árbitro lo terminó.

—¡Imposible! —grité—, ¡faltan los diez minutos de descuentos!

El árbitro estaba ignorando el tiempo que el partido estuvo detenido. Los jugadores de Sao Jacinto lo rodearon por enésima vez y Zambo le ofreció romperle la cara gratis y don-

de quisiera, lanzándole unos golpes de puño. Se fue expulsado. Pepinho no participaba de la trifulca. Se sentó en el suelo y se tomaba el tobillo con gestos de dolor. La *torcida* saltaba y gritaba estruendosamente. La tribuna oficial del estadio se movió milimétricamente. Al menos, yo tuve esa impresión.

—¡Los cimientos están cediendo! —grité—, ¡el estadio se va a derrumbar!

Mi voz se perdió entre los gritos de la multitud y nadie me escuchó. Un rayo de terror me fulminó. Percibí el peligro y me abrí paso a empujones entre la gente. Fui a buscar a Berta.

—¡La tribuna se va a caer! —le grité—, ¡vámonos de aquí!

La tomé del brazo y sus dos amigas nos siguieron. Mientras pasábamos entre la gente (y a veces sobre ella), el partido se reanudó. Ya no me interesaba ver lo que iba a pasar. La tribuna se estaba hundiendo y lo único que quería era salir de ahí.

No sé cuánto tiempo tardamos en pasar entre los *torcedores*, pero a mí me pareció una eternidad. Tenía a Berta tomada fuertemente de mi mano y miraba a mi padre que estaba junto a Pedro en el carro de refrescos. Mental-

mente me repetía que tenía que llegar hasta ellos. Finalmente, pudimos pasar entre la multitud y, una vez en el suelo, corrimos alejándonos de ahí. Desde el carro pude ver la última jugada de Pepinho. En ese momento, yo no lo sabía, era la última que le vería en mi vida. Con un tobillo destrozado se metió por el centro de la zaga. Eludió a tres hombres avanzando por una delgadísima franja de juego. La multitud lo vio colarse hasta quedar en las barbas mismas del arquero. Se hizo un segundo de silencio y tensión en el estadio. Pareció que el arquero lo cruzaba, pero con la punta de su botín, Pepinho se la metió entre las piernas y la pelota se fue dando saltitos hasta el fondo de la malla. La multitud de la tribuna oficial dio un salto gritando gol. Cuando sus pies volvieron a tocar los tablones, la tribuna se derrumbó.

Yo no sé si los milagros existen o no. Jorginho dice que solo son una cuestión de buena suerte, pero yo creo que lo que vimos fue obra y gracia divina. El caso es que justo en el momento en que Pepinho anotó el empate que le daba el campeonato a Sao Jacinto, la multitud saltó celebrando el gol y la tribuna oficial,

cuyos cimientos eran de madera vieja, cedieron bajo el peso y se quebraron con un feroz estruendo. Las galerías se fueron hacia atrás y como en un efecto dominó, los tablones fueron cayendo uno por uno, desde el que estaba más cerca del suelo hasta el más alto. Como la tribuna era pequeña y no albergaba a más de mil o mil quinientas personas, estas cayeron de espaldas y por obra de algún *orisha*, no se aplastaron entre sí. Hubo un ensordecedor griterío y una gran confusión, un momento de espanto terrible, pero una vez que la tribuna tocó el suelo, vimos con alivio cómo la mayoría de las personas se iban poniendo de pie. Casi todos estaban ilesos y apenas alguno que otro estaba lastimado. Nosotros corrimos a ayudar a la gente y la íbamos sacando de ahí. Algunos tenían un hombro dislocado, un golpe en la pierna, contusiones varias, pero daba la impresión de que no había víctimas que lamentar. Mientras ayudábamos a la gente a ponerse de pie, pudimos ver a Boa Morte tomándose la pierna y dando alaridos de dolor. Dos de sus gánsteres lo estaban sacando de ahí. Cruzamos una mirada con Pedro y mi padre, y decidimos que era una oportunidad maravillosa para actuar. Ubicamos a Pepinho entre los

jugadores que se habían desentendido de la celebración por el campeonato y estaban ayudando a la gente caída. Lo sacamos aparte y en medio de la enorme confusión nadie notó cuando lo metimos en la parte inferior del carro y Jorginho lo sacó de ahí, rumbo a nuestra casa. Después llegaron las ambulancias y la prensa. Todos los heridos fueron puestos en filas en medio de la cancha. La copa, ese absurdo objeto por el que el equipo tanto había luchado, fue robada por desconocidos que se aprovecharon de la confusión y se la llevaron. Berta me abrazó y me estampó un beso en la mejilla. Luego lo hicieron sus amigas y las tres, antes de irse, me guiñaron un ojo. Respiré algo más tranquilo. Con un poco de suerte y casi lamentando una desgracia, pudimos ejecutar nuestro plan a la perfección.

Una semana después pude cobrar el dinero de la apuesta. Seis mil réis que le di a Pepinho en un sobre. Cuando el cajero me vio, se acordó de mí y me dijo:

—Definitivamente tenías una buena estrella, muchacho.

—La buena suerte llega más fácil si se le ayuda con un poco de trabajo —le respondí.

Sonreí cuando me dio mis excedentes y regresé a mi casa pensando que ese dinero era el pasaje de Pepinho a la salvación. Cuando se lo di, no pude evitar decirle:

—Vete a una ciudad muy lejana, donde Boa Morte nunca pueda encontrarte.

—Lo haré —dijo él, y su triste sonrisa de plata brilló opacamente en su cara.

Mi madre le había entablillado el tobillo y todos los días comprábamos la *Gazzeta Sportiva* para enterarnos de los pasos que daban nuestros enemigos. Por aquel medio supimos que el derrumbe de la tribuna oficial del estadio de Sao Jacinto había arrojado un saldo de sesenta y tres heridos, todos con lesiones de diversa consideración, ninguno con riesgo de muerte. También nos enteramos de que Boa Morte se había roto la pierna y desde el hospital lanzaba rayos y maldiciones en contra de todo el mundo, en especial en contra de Pepinho, a quien acusaba de estar coludido con una mafia que había arreglado el partido. Su argumento se basaba en que había desaparecido toda la semana y había irrumpido en la cancha, lo que provocó el caos entre la multitud. Acusaba con querellarse contra los responsables y hacía un llamado a la comu-

nidad para que dieran información sobre su paradero. El mismo llamado hacía la *Gazzeta Sportiva*. Joao Gilberto, en un extenso artículo, se preguntaba dónde carajo estaba metido el crack, y por qué razón se escondía. Terminaba su nota responsabilizándolo por los incidentes y acusándolo de falta de profesionalismo. Jamás mencionó la labor del árbitro. También nos enteramos de que Vasconcellos tenía varias costillas rotas y su recuperación sería extensa, por lo que difícilmente podría hacer su campaña a la alcaldía. Él y Boa Morte aparecían en una foto color sepia, en camas contiguas, enyesados como dos momias y mirando a la cámara con cara de perros rabiosos. Nos reímos a carcajadas con la imagen y la pegamos en una pared de la casa.

—Lo único que me apena es que ellos quedarán como víctimas y la gente nunca sabrá la verdad —dijo Pedro.

—Ellos ya perdieron —aseguré—. No importa lo que digan, no importa los medios que manejen ni los recursos que tengan. El pueblo no los quiere, ese es su peor castigo.

—Además, Boa Morte perdió todo su dinero en las apuestas, dejará de molestar por un buen tiempo —agregó Jorginho.

—La gente recuerda con cariño a ídolos como Pepinho —afirmó mi madre—, ellos nos dan alegría, hacen feliz al pueblo.

Pepinho sonrió. Estaba triste a pesar de todo.

—Lamento no poder despedirme de Berta —comentó.

—Será mejor así —le dije—, ya que Boa Morte no podrá usarla para llegar hasta ti.

Esa misma tarde, Pedro y yo le escribimos una carta que él nos dictó. Pepinho tampoco sabía escribir. En ella le declaraba su amor eterno, le juraba que jamás la olvidaría y que cada samba que escuchara sería el recuerdo de las tardes felices junto a ella. Yo la adorné con algunos versos y luego la leímos riéndonos a carcajadas. Al día siguiente, de madrugada, Pepinho dejó mi casa. Mi padre y yo fuimos a dejarlo a la estación, donde compró un boleto con dirección desconocida. No quise que me dijera dónde se marchaba. Ya no debía saber nada más de él. Nos dimos un abrazo, y luego se marchó para siempre de Río.

En la escuela, asistí a mi última clase del taller de periodismo escolar, y para mi tremenda sorpresa, supe que Marcio Joel, mi profesor,

amigo y mentor, había sido despedido del trabajo. No podía creerlo, era el mejor de todos mis profesores y la escuela había decidido prescindir de sus servicios. En su lugar, lo reemplazó la profesora jefa del departamento de Portugués, una señora de nariz ganchuda, algo corta de vista y con cara de aburrida que no sabía ni un tercio de lo que sabía Marcio Joel. Cuando me lo encontré en el pasillo de la escuela, justo antes de irse, me acerqué a saludarlo.

—¿Qué pasó? —le pregunté—. Me parece impresentable que la escuela saque a un profesor como usted. Todos los alumnos lo quieren y lo respetan. Escribiré una queja en el diario.

Marcio movió la cabeza y sonrió con algo de tristeza.

—Tendré que ofrecer mi trabajo en otro colegio. Quizás, después de todo, no soy tan bueno en esto —dijo mirando pensativo el patio vacío.

—Usted sabe que no es así —aseguré con firmeza—, no se desanime, siga creyendo en lo que hace. Ha sido un profesor y un maestro.

—Los directivos no opinan lo mismo —respondió él.

—Parece que siempre ganan los malos —reflexioné yo, decepcionado—. Por eso el Brasil está como está.

—Veré qué hacer con mi vida. Como escribiste en tus crónicas, el fútbol ofrece revanchas. Quizás a mí también me ofrezca una —agregó Marcio Joel.

—No le quepa la menor duda de que así será —le dije sonriendo, y nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

Lo vi salir en solitario por el portón del colegio, con una pila de libros bajo el brazo. Nadie más fue a despedirlo. Una semana después me dejó una nota en portería diciendo que la *Gazzeta Sportiva* quería contactarme para que trabajara con ellos. Me dejó un papel con una dirección y un teléfono. Así fue como decidí lo que quería hacer en la vida. Nunca más supe de él.

El último día de clases de aquel año fue de despedidas. Le di la carta de Pepinho a Berta y esta se puso a llorar junto a sus amigas.

Pedro se veía sonriente, feliz. Nos dimos un abrazo y le prometí que algún día escribiría algo sobre nuestras aventuras. Me contó que él

y sus papás se iban de vacaciones a Buenos Aires y que no lo vería durante el resto del verano. También vi a Rosa Gracia. Pedro me contó que ella y su familia se iban a vivir a Sao Paulo, donde su padre había encontrado un trabajo. Siempre había tenido mucho miedo de acercarme a conversar con ella. Esa tarde, sin embargo, no pude resistir las ganas de hablarle.

—Rosa Gracia, quiero pedirte perdón por lo de Berta, espero que...

—Supe lo que hiciste por ella en el estadio —me interrumpió— y te lo agradezco. Le salvaste la vida.

—No fue nada, solo hice lo que tenía que hacer.

—Hiciste lo correcto —me dijo, y me dio un beso en la mejilla.

Sentí ganas de abrazarla y de besarla, pero justo en aquel momento apareció Zezé y le hizo una seña con la mano.

—Supe que te vas de Río —agregué.

—Así es.

—Supongo que no volveremos a vernos —lamenté.

—Quizás sí, quizás no —dijo ella—. Nunca se sabe lo que nos traerá el futuro.

—A ti seguramente te traerá algo bueno. Eres una alumna excelente, tienes las mejores notas de la escuela.

—¿Tú no piensas volver al colegio? —me preguntó.

—No lo sé, quizás tenga otros planes con mi vida.

—Seguro —afirmó ella—, eres muy inteligente y te admiro mucho. Nunca pensé que te lo diría, pero ya que nunca más volveremos a vernos...

Zezé la llamó desde la puerta.

—Debo irme —dijo Rosa Gracia mirándome, por segunda vez en la vida, directamente a los ojos—, te deseo mucha suerte, y que te vaya bien en todo lo que hagas —agregó tragando saliva.

—Yo también te deseo suerte —le dije.

Lentamente, ella se dio media vuelta y luego comenzó a correr hacia Zezé. Antes de que se alejara la llamé por última vez.

—¿Sabes una cosa, Rosa Gracia? —le grité.

—¿Qué cosa? —preguntó ella dándose media vuelta.

—Tú pudiste inspirar mejor poesía.

Ella sonrió extrañada, sin entender nada. Luego se dio vuelta sobre sus pasos y corrió a tomar la mano de Zezé. Se subieron al auto de sus padres y la vi desaparecer calle abajo.

Regresé a mi casa con una vaga sensación de tristeza. Había vivido un año fantástico, había conocido al tipo más genial del mundo con una bola de fútbol, había visto los partidos más increíbles de la historia en la primera línea del periodismo deportivo, en las trincheras mismas de la batalla. Y finalmente, lo había perdido todo. O casi todo, me dije. Por supuesto que el tiempo pasó, y lo hizo muy rápido. Nunca más volví a la escuela. Durante el resto de mi vida me dediqué a seguir a equipos de fútbol y vi los campeonatos más dramáticos, los jugadores más sensacionales, las jugadas más artísticas y más bellas. Estuve en el estadio Maracanã cuando Brasil perdió la final de la Copa del Mundo en 1950. Estuve en el Estadio Azteca cuando Pelé alzó la copa en 1970, jugando por el que hasta hoy es considerado el mejor equipo de todos los tiempos. Vi crecer, madurar y retirarse a Maradona, a Sócrates, a Toninho Cerezo, a Romario, a Zico. Le hice su primera entrevista a Ronaldinho Gaúcho cuando era un jovencito

delgado y habilidoso que sonreía mostrando todos sus dientes y que jugaba para el Gremio de Porto Alegre.

Hoy miro los partidos de fútbol por TV y he visto uno que otro jugador rescatable. Un par de veces vi jugar a un chico argentino de apellido Messi, pero apagué la tele pues me aburrí. Todo el mundo me hablaba de él y cuando lo vi, bostecé y sonreí al mismo tiempo, pensando en el único nombre que podía recordar en aquel momento. Cerré los ojos, me concentré con todas mis fuerzas para regresar al pasado, y entonces pude volver a verlo correr con una pelota pegada al botín, eludiendo rivales con la cara sudada y sonriente, resplandeciendo entre nubes de luz y polvo.

Siempre me pregunté cuál habría sido su suerte. Si logró huir, si rehízo en alguna parte su vida. Algunas noches sueño con él. Lo sueño haciendo malabares con una bola y viéndolo de lo que la gente pudiera darle como propina en la esquina fantasma de una ciudad fantasma. Lo sueño perdido en la selva, buscando la ciudad encantada de El Dorado, con toda una banda de pistoleros a sueldo pisándole los talones. Lo sueño viviendo en una canoa, cazando anacondas en el río Amazonas

y desollándolas para luego secar las pieles y venderlas al extranjero por contrabando. Lo sueño metiendo un gol de chilena en la final de una Copa del Mundo. A veces pasa mucho tiempo sin que sueñe con él. A veces pasan años. Pero de vez en cuando vuelve y yo digo que me pena porque las cortinas se mueven y se caen algunas cosas de los muebles, y yo pienso si no será él quien anda jugando con una bola por la casa y desde el país de los sueños y de los fantasmas me lanza un pase milimétrico para que yo la emboque en un arco imaginario. No sé. El caso es que una mañana se fue y nunca más lo volví a ver, y uno, al principio, se pasa todo el día pensando. Pero con el tiempo, en la mente se va formando una especie de imagen borrosa, como una fotografía que se desvanece tirada en la calle, mojada por la lluvia.

Y eso es todo lo que nos queda de algunas personas.

Y te parece mentira que una vez conociste a alguien así.

## Índice

1	<i>La cidade maravilhosa</i> .....	9
2	Pepinho: toco y me voy.....	19
3	Crónicas deportivas.....	31
4	<i>Jogo bonito</i> .....	45
5	Baila para mí.....	53
6	Clemson y Gilmar.....	63
7	La fiebre: perdidos en Río.....	79
8	La fiebre: un café cargado.....	99
9	Palabras mayores .....	111
10	Juego sucio.....	121
11	Jugando a la defensiva .....	135
12	Su majestad el contragolpe.....	145
13	Pitazo final .....	167